

Dalila y los virtuosos

Santiago Martín Bermúdez

PERSONAJES

ELENA WELFING: De soltera, Fuentes. Conocida en tiempos como Lena Maria Arciani, revive ahora sus días de diva indiscutible al regresar a las salas de conciertos al cabo de muchos años. La sorprendemos en plena madurez, en una gira fatigosa que no sabemos si lleva a cabo contra su voluntad o haciéndose querer. La llamarán ELENA, FRAU WELFING, ARCIANI, y tal vez algún nombre más.

ÓSCAR BOBESCO: El pianista que la acompañó y amó hace mucho, mucho tiempo. Con la Arciani, el pasado se presenta en su vida repentinamente y con una carga inesperada. Tiene tendencia a creer lo que le dicen y a decir lo que cree. No será ésa su única fuente de dificultades. Le llaman indistintamente MONSIEUR BOBESCO o BOBESCO, a secas, además de ÓSCAR e incluso MAESTRO (esto último lo hace Jirí Tucek por su relación de colegas pianistas de distinta edad).

**CAROLINA
ARCIANI:**

En rigor, se llama Carolina Welfing, y es hija de Elena. También dedicada al canto, ha adoptado como nombre artístico el apellido que usó su madre. Es, por decirlo así, una diva en ciernes. Pero es algo más. Fuerte, frágil, bella, dura, delicada, artista, seductora... y apresurada por lo que ella cree saber, y por lo que urge el modelo abrumador de su madre. La llamarán FRÄULEIN WELFING (así lo hará Jacqueline Legrand hasta que se tuteen), CAROLINA o «la otra» ARCIANI.

**JACQUELINE
LEGRAND:**

Llamada Mademoiselle Legrand, es la periodista que ha escrito el libro de memorias de la Arciani. No se conforma con manipular la realidad: tiene sus propios métodos, más inmediatos que, al hacerse realidad, pueden convertirse en noticia. No ha de aguardar a se produzca e x t e r i o r m e n t e . E s MADEMOISELLE LEGRAND, o simplemente JACQUELINE.

JIRÍ TUCEK:

Joven pianista acompañante, enamorado de Carolina y devoto de la Arciani. Es un artista checo que sigue la tradición emigrante de los músicos de su país desde al menos el siglo XVII. Como a ellos, otros le cambian el nombre. Así, Jirí se convertirá en GIORGIO, en JORGE, en GEORGES...

LINO VANUCCI: Un periodista agresivo, que busca detalles picantes en la vida de la Arciani. Al margen de su pundonor y habilidades profesionales, se considera un conquistador experto. Es inevitable que se fije en la bella Carolina por algo más que por cuestiones relativas al arte.

Cada uno de los personajes es de una nacionalidad europea distinta. ELENA es española, pero alemana por matrimonio. ÓSCAR BOBESCO es rumano, nacionalizado francés, y vive en Italia. CAROLINA es alemana, hija de alemán y de española. JACQUELINE LEGRAND es francesa. JIRÍ TUCEK es checo. LINO VANUCCI es italiano. La función está escrita en castellano, pero los idiomas realmente utilizados debieron de ser el alemán y el francés, y en alguna ocasión el italiano.

La acción, que (salvo la coda) tiene lugar durante unos tres meses del año 1990, se desarrolla en hoteles de varias ciudades italianas en que las Arciani dan sus recitales. Como excepción, en el prólogo y en el epílogo, estamos en casa de ÓSCAR BOBESCO, pero en tal caso las acotaciones piden que todo el escenario esté en sombras menos esa parte concreta. En ocasiones, los puntos en que se desenvuelve la acción son imprecisos.

La escenografía ha de ser también imprecisa, aunque no abstracta. Habitaciones, salas, un pequeño salón de actos para la rueda de prensa: todo quedará apuntado con el atrezzo y las insinuaciones del decorado, las situaciones, los diálogos. Es preciso evitar cualquier sugerencia de unidad de lugar.

Hay numerosas escenas paralelas y otras que se desarrollan en un cierto clima de simultaneidad, lo que permite que en ellas los personajes pasen de manera imperceptible de un lugar a otro, e incluso atraviesen con naturalidad pequeñas distancias temporales.

PRIMERA PARTE

Cuadro I (Prólogo)

Todo el escenario en sombra, menos un pequeño punto. Se escucha el timbre de un teléfono. Tres, cuatro llamadas. ÓSCAR BOBESCO llega hasta el punto iluminado y toma el auricular.

ÓSCAR BOBESCO.- Bobesco... [...] ¡Hombre, Damiani! ¿Cómo te va? [...] Sin novedad. Tirando. [...] Puedes imaginártelo, pero no me pidas detalles... Mal, desde luego... [...] No, el conservatorio apenas da para... [...] ¿Carla? ¡Pero es que no sabes que Carla y yo hemos roto... [...] ¿El concierto del Municipale? ¿Cuándo es eso...? [...] **(Repentino asombro.)** ¡Qué dices! ¡La Arciani! [...] **(Le conmueve lo que oye.)** Sí, sabía que había vuelto a cantar, pero... No podía imaginarme que iba a venir aquí. [...] Ni que tuviera una hija que cantara. ¿Así que están? [...] Sí, acompañé bastante a Elena -quiero decir, a la Arciani-, pero no la veo desde hace... unos veinte años. [...] Claro, no puedo faltar. [...] No, ella no sabe que vivo aquí, ya te digo que hace veinte años de... [...] ¿Qué me notas...? No... Me ha sorprendido, eso es todo. De repente, ves volver una parte del pasado, y eso, qué sé yo, te conmueve. [...] Hasta la vista, Damiani. Gracias. **(Cuelga. Silencio. Como si intentara orientarse en medio de la confusión.)** ¿De modo que iba en serio? [...] Vuelves a cantar, y hasta te has metido en una gira con una hija tuya... que también canta...

(Oscuro.)

Cuadro II

Una escena principal y otra paralela. En la primera, la entrevista que JACQUELINE LEGRAND le hace a la ARCIANI, preparada en sus mínimos detalles. En la segunda, vemos a la joven CAROLINA y a JIRÍ TUCEK en el despliegue de su trato desigual.

Primero, la entrevista en el pequeño auditorio del hotel en el que se hospedan ELENA, CAROLINA y MADEMOISELLE LEGRAND. Sobre una plataforma, con un micrófono, habla esta última.

MADemoiselle LEGRAND.- El libro de memorias de Lena Maria Arciani, la gran diva, es un documento de humanidad, de humildad, de arte vivo en el mejor sentido de la palabra. Mi contribución ha sido modesta; la verdadera autora es ella, Lena Maria Arciani. Está con nosotros la gran cantante, que ahora ha vuelto a las salas de conciertos. **(Se levanta.)** Pido un aplauso para Lena Maria Arciani.

(Aplausos cerrados. Arropada por ellos, ELENA sube a la plataforma, ayudada por MADEMOISELLE LEGRAND. Ambas se abrazan. Ante los aplausos, ELENA saluda al público. Antes de que concluyan, se sientan las dos. LEGRAND le ha pasado otro micrófono a ELENA.)

Señora Arciani, ¿qué tiene usted que decirles a los aficionados al bel canto de esta ciudad?

(En otro punto del escenario, CAROLINA y TUCEK.)

CAROLINA.- La rueda de prensa debe de haber empezado ya.

TUCEK.- Carolina, te preocupa demasiado la prensa. Se ve que te gustaría estar allí.

ELENA.- He cantado mucha ópera italiana, aunque a menudo en alemán: Musetta, Eboli, Ulrica, Azucena... Y Mozart: Dorabella, Cherubino... Pero soy *mezzo* y el repertorio italiano prefiere las sopranos. He sido una *mezzo* con graves, lo que me daba capacidad dramática pero me alejaba de las agilidades del *belcanto*. No sabría decir cuáles son mis papeles favoritos... Dalila, Charlotte... Y, desde luego, Carmen. Eso sí, adoro el repertorio alemán: Wagner, Richard Strauss, Lortzig, Flotow, Weber, Nicolai...

CAROLINA.- Tendría que estar allí, pero Jacqueline Legrand quiere a mi madre sola.

TUCEK.- Tendrás tiempo, si sigues trabajando.

CAROLINA.- Si sigo tus consejos, quieres decir.

TUCEK.- Mis consejos y los de tu madre. Pero, sobre todo, el trabajo. Sabes que, hacia arriba, puedes llegar a ese agudo, y que puedes conseguir dos notas más en los graves. En estilo, tienes la perfección a tu alcance, es cuestión de trabajo.

CAROLINA.- (**Resentida.**) En estilo, pero no en capacidad vocal. Mi voz es demasiado débil.

TUCEK.- ¿Otra vez, Carolina?

CAROLINA.- Jirí, Giorgio, dime la verdad, ¿puedo ser una cantante como mi madre?

TUCEK.- (**Determinante.**) Lo serás, amor mío...

CAROLINA.- ¡No me llames amor mío! ¡No soy tu amor ni lo seré nunca! Entérate bien, si no nos acompañas tú, hay pianistas a millares.

TUCEK.- Lo siento. Prefiero seguir con vosotras en las condiciones que creáis oportunas.

ELENA.- Fui una especie de embajadora entre Alemania y Francia, cuando las heridas de la guerra empezaban a cicatrizar, y me siento orgullosa. Comencé con papeles pequeños aquí y allá. Las circunstancias me llevaron pronto a Alemania, como explica el magnífico libro que ha escrito mi buena amiga Jacqueline Legrad.

CAROLINA.- No quiero saber nada de ti ni de ningún hombre. No quiero amor. Necesito quererme a mí misma, y eso no lo voy a conseguir colgándome de los brazos de un hombre.

TUCEK.- Sí, puede que tengas razón.

CAROLINA.- Dices que me quieres, pero a quien quieres es a mi madre, como si fuera la tuya. Y ella te quiere a ti cada vez más. No estoy celosa. Pero te has hecho con ella poco a poco, como Jacqueline Legrand. Todos, menos su hija.

TUCEK.- Sabes que hace esta gira sólo por ti. Tú misma has dicho que buscaste a Mademoiselle Legrand, que insististe en que volviera a cantar... para que te lanzara.

CAROLINA.- ¿Eso dije...? A veces se embarullan las cosas y no recordamos cómo empezaron. ¿Quién quería que mi madre volviera a cantar: ella, la Legrand, o era un capricho mío? (**Se enfrenta a TUCEK.**) Sé que mi madre está enferma y que se juega la vida cuando sale a cantar. Y no necesito que me recuerdes tu amor. Lo dice tu mirada de carnero. (**Se sosiega.**) Pero ya ves, quisiera que me siguieras amando de esa manera.

ELENA.- Nunca pude cantar en checo, y le pido perdón por ello a mi excelente pianista, al joven y genial Jirí Tuček, que es checo. A estas horas, Carolina, mi hija, está con él, ensayando.

MADemoiselle Legrand.- (**Le desagrada este imprevisto.**) Ahora hablaremos de su hija. Antes quiero hacerle una pregunta muy concreta. Usted no es amiga de la ópera contemporánea, ¿verdad?

ELENA.- Es que debemos atenernos a nuestros límites. Hay mucha ópera contemporánea que estropea la voz, como dice mi amiga Pilar Lorengar. Canté varias veces la Condesa Geschwitz, en la Lulu de Alban Berg, un papel un poco repugnante. Pero mi repertorio es otro.

MADemoiselle Legrand.- Una pregunta personal. ¿Por qué abandonó su carrera en pleno éxito?

ELENA.- Muy sencillo. Por amor.

MADemoiselle Legrand.- ¿Por amor?

ELENA.- Me enamoré perdidamente del doctor Hans Welfing, un hombre maravilloso. Desde hace veintidós años llevo su apellido.

MADemoiselle Legrand.- El doctor Welfing murió hace seis años.

ELENA.- (Afectada.) Sí...

MADemoiselle Legrand.- (Al público.) Señoras y caballeros, respetemos el dolor de una mujer enamorada, ese amor que nunca dejó de profesar la gran Arciani a su marido, el eminente doctor Hans Welfing. (A ELENA.) Y ahora, Elena, una pregunta más optimista. Su hija, Carolina Welfing, también es *mezzosoprano* y ya es conocida como Carolina Arciani. ¿Cómo canta Carolina?

ELENA.- (Rápidamente recuperada.) ¡Como los ángeles!

MADemoiselle Legrand.- Y ella, a su vez, es un ángel...

(Continúa la «animada charla» entre CAROLINA y TUCEK.)

CAROLINA.- ¿Sabes qué papel me gustaría hacer? La Condesa Geschwitz. (Canta.) «Lulu, mein Engel...» Precisamente porque a mi madre no le gusta.

TUCEK.- Te iría más el papel de la protagonista.

CAROLINA.- No juzgues por ti, no soy una *comehombres*. (Iracunda.) ¿Vamos a volver al ensayo de una vez?

TUCEK.- Cálmate. No puedes trabajar así. La voz puede sufrir. Y no sólo la voz...

CAROLINA.- Me basta con que sufras tú... ya que no puedo hacer sufrir a la Legrand ni a...

TUCEK.- Ni a tu madre.

CAROLINA.- (Le mira, con dureza, autoritaria.) Voy al escenario. Tráeme una botella de agua. Te espero.

ELENA.- Carolina y yo estamos muy compenetradas. Esta gira nos hace felices. Y me da la oportunidad de presentar este libro de memorias que usted ha escrito espléndidamente...

MADemoiselle LeGrand.- Se lo agradezco, estoy a punto de avergonzarme. Prefiero que sigamos hablando de su hija. Lástima que ella no esté aquí, pero su natural modestia y espíritu de trabajo la retienen en sus ensayos. ¿Será Carolina digna continuadora suya?

Elena.- Escúcheme bien: Carolina Arciani superará la carrera de su madre, y hará aquello que su madre nunca pudo llegar a hacer.

MADemoiselle LeGrand.- Sin duda. Ahora es momento de darle la palabra al público, que hará las preguntas que yo no he sabido plantear.

(Oscuro.)

Cuadro III

La escena siguiente se desarrolla en tres puntos distintos, en paralelo. Por una parte, CAROLINA y MADemoiselle LeGrand, situación central. Por otra, ELENA y VANUCCI; en tercer lugar, ÓSCAR BOBESCO, primero solo, después en compañía de TUCEK. CAROLINA y MADemoiselle LeGrand esperan a ELENA.

CAROLINA.- Se hace esperar.

MADemoiselle LeGrand.- Como un Kapellmeister. Será que no ha podido librarse aún de las garras del alcalde y los concejales.

CAROLINA.- Podría ir a rescatarla.

MADemoiselle LeGrand.- ¿Está nerviosa por el recital de mañana?

CAROLINA.- Llevamos seis recitales, y siempre estoy nerviosa.

MADemoiselle Legrand.- (Con intención.) Anítese. Su madre va a lanzarla. Pronto se la disputarán todos.

CAROLINA.- Mademoiselle Legrand, sé que no le caigo simpática. Usted no cree que yo pueda continuar el camino de mi madre. Pero ella y yo sí lo creemos, y también el público que ha venido a aplaudirnos. Sé que la gente va a ver a Lena Maria, no a Carolina, pero dentro de poco andaré sola.

MADemoiselle Legrand.- Se equivoca usted en cuanto a mis sentimientos. No le tengo antipatía, sólo que la gira se tendría que limitar a la presentación del libro. Elena está mal¹. No debería fatigarse ni cantar. Tiene usted cualidades, podría salir adelante sin su madre.

CAROLINA.- Usted sabe muy bien que no es así.

(ELENA y VANUCCI conversan, sentados.)

ELENA.- (Molesta.) Entonces, es usted periodista.

VANUCCI.- Lino Vanucci, para servirla. No sólo un periodista, también un admirador. Tengo sus discos.

ELENA.- Y usted me está... entrevistando.

VANUCCI.- Es para mí un placer y un honor, además de una obligación ante la opinión pública.

ELENA.- Escuche, joven. Dije antes que concedía una rueda de prensa, pero que no recibiría a los medios uno a uno. Tengo que descansar, mañana cantamos en el Municipale.

VANUCCI.- Pero, señora Arciani, mi periódico es de ámbito nacional, es el primero en Roma, en Milán, en Nápoles, en Florencia, en Venecia... No nos conformamos con las migajas que nos deja esa estirada francesa. Usted es algo muchísimo más rico que la imagen que nos da Legrand.

¹ Repertorio italiano que la Arciani cantaba a menudo en alemán y, en alguna ocasión, en francés.

ELENA.- (Resignada y halagada.) Está bien, señor Vanucci. ¿Qué es lo que quiere usted saber...?

(Continúan CAROLINA y MADEMOISELLE LEGRAND.)

MADemoiselle LEGRAND.- Al libro le falta algo. Está sin terminar. Hay que buscar más, y eso es lo que ahora me interesa de verdad.

CAROLINA.- ¿Por qué dice que el libro está sin terminar?

MADemoiselle LEGRAND.- Su madre ocultó algunas cosas.

CAROLINA.- ¿Que ocultó...? No es una biografía íntima, sino unas memorias artísticas.

MADemoiselle LEGRAND.- No exactamente artísticas, su madre desliza algunas sugerencias escabrosas, y usted sabe que, de estar vivo su padre de usted, no se hubiera atrevido a contarlas. Pero tampoco tuvo el coraje de ir más lejos y olvidó cosas de interés.

CAROLINA.- ¿Cuáles?

MADemoiselle LEGRAND.- No lo sé. Tal vez un amor. El más importante.

CAROLINA.- ¿Se refiere a alguien concreto?

MADemoiselle LEGRAND.- ¿Ha oído usted hablar de Óscar Bobesco?

(ÓSCAR BOBESCO está llamando por teléfono.)

ÓSCAR BOBESCO.- Me llamo Óscar Bobesco. Dígale a Frau Welfing que le ha llamado Óscar Bobesco. [...] ¿Que le suena mi nombre? No sé... Soy profesor del Conservatorio... [...] Ah, me conoce. [...] Sí, di Santi, ha sido alumno mío. [...] ¿También en mis conciertos? ¡Caramba, es usted una buena aficionada!

(Regresamos a CAROLINA y MADEMOISELLE
LEGRAND.)

CAROLINA.- No le he conocido. En casa hay discos de recitales de mi madre con Bobesco. ¿No irá a decir...?

MADemoISELLE LEGRAND.- Es sólo una conjetura. Bobesco estaba entre el público. Me he informado. Y vive en esta ciudad.

CAROLINA.- ¿No nos ha habrá hecho venir a esta ciudad perdida sólo para que él asistiera a la rueda de prensa?

MADemoISELLE LEGRAND.- No soy tan astuta, no me sobre valore. El caso es que Bobesco estaba allí, pero no quería hacerse notar.

CAROLINA.- (Irónica.) Una feliz casualidad. Usted echa de menos un amor en las memorias de mi madre, llegamos a esta ciudad de Campania y aparece Bobesco. ¿Cómo le ha reconocido?

MADemoISELLE LEGRAND.- Reconocer gente es parte de mi oficio. He visto fotografías...

CAROLINA.- Fotografías antiguas, y no en mi casa, donde no hay ninguna, me consta. ¿Qué fotografías ha visto usted?

MADemoISELLE LEGRAND.- Olvida que el libro lo he escrito yo a partir de recuerdos de su madre. Y me he documentado. Había nombres que se repetían a menudo, y uno de ellos era Bobesco.

CAROLINA.- ¿Y por qué Bobesco no aparece apenas en el libro?

MADemoISELLE LEGRAND.- Al escribir yo no sabía nada, ni siquiera lo sospechaba. Pero Bobesco no es el único...

(ELENA continúa su charla con VANUCCI.)

ELENA.- Estoy encantada de ir con mi hija de gira.

VANUCCI.- Disculpe mi franqueza. Sabemos que está usted enferma del corazón,

(ELENA queda turbada.)

que sus médicos le aconsejan guardar reposo. ¿No es verdad que no quería volver a cantar?

ELENA.- ¡Caballero, se sobrepasa usted...!

VANUCCI.- Le pregunto: ¿es o no cierto que su hija la obliga a hacer esta gira, poniéndola en severo peligro?

ELENA.- ¡Calle usted!

(Continúan CAROLINA y MADEMOISELLE LEGRAND.)

CAROLINA.- (Escandalizada.) ¿Me va a decir que mi madre ha tenido amores con unos y con otros?

MADemoISELLE LEGRAND.- No juzgue la vida de un artista con su pequeña moral. Elena fue buena artista antes que buena madre. Si quiere usted ser alguien en ese ambiente debería entender ciertas cosas.

CAROLINA.- ¿Me tengo que acostar con unos y con otros?

MADemoISELLE LEGRAND.- En tiempos de su madre, ellas se acostaban con directores de orquesta y pianistas. Ahora es distinto, no mejor.

CAROLINA.- Dependo de los recitales con mi madre. La presencia de Bobesco es desaconsejable para mí, aunque sea útil para usted.

MADemoISELLE LEGRAND.- No veo por qué. Yo sólo quiero saber. Aunque periodista, tengo principios. Tenemos a mano a Monsieur Bobesco, pero no pienso hablar con él sin permiso de su señora madre.

CAROLINA.- De modo que Bobesco... ¿No querrá decir que mi madre se casó con mi padre sin amor...?

MADemoiselle LeGrand.- No. Sólo quiero saber la verdad. Elena ha dicho cosas, pero falta algo. Que podría incluirse en la próxima edición.

CAROLINA.- Supongo que yo no puedo serle de gran ayuda.

MADemoiselle LeGrand.- Usted no sabe quién es Bobesco... ni los otros.

(ELENA y VANUCCI concluyen su charla.)

VANUCCI.- (Con ironía.) Me convence. Carolina y Lena Maria Arciani son una familia modelo, usted goza de una salud de hierro y regresa al canto por la fuerza de la vocación.

ELENA.- Joven, espero que compense la paciencia que he tenido con usted. ¿Podría acompañarme? Me espera mi hija.

VANUCCI.- (Se levanta.) Será un placer. Así conoceré también a esa prometedora cantante. (Ofrece su brazo a ELENA.)

ELENA.- (Toma el brazo de VANUCCI.) Ese tono me obliga a pedirle que no intente seducir a mi hija. Es demasiado joven.

(CAROLINA y MADemoiselle LeGrand siguen esperando a ELENA.)

CAROLINA.- ¿Por qué no le pregunta directamente?

MADemoiselle LeGrand.- Porque mentiría. (Ante un gesto de desagrado de CAROLINA.) Sería darle ocasión de edulcorar las cosas.

(ÓSCAR BOBESCO está ante el micrófono por el que hablaba ELENA, ahora desconectado. Es como si hiciera declaraciones, pero está solo en la plataforma del auditorio del hotel.)

ÓSCAR BOBESCO.- Sí, soy rumano de origen. Soy ciudadano francés y resido en Italia, en esta ciudad que adoro, desde hace años. Hubo un tiempo en que París era la capital de la mitad de los rumanos e Italia era su destino final. Los artistas somos ciudadanos del mundo. [...] Desde luego que sí, mis años con la Arciani fueron muy importantes. Pero puso fin a su carrera muy pronto. [...] Oh, le ruego que no me haga ese tipo de preguntas, son demasiado íntimas y una respuesta apresurada podría herir a personas que tienen derecho a preservar su intimidad. Si ella no cuenta nada en sus memorias, ¿quién soy yo para...? [...] Cambiemos de asunto. Hablemos de arte. Por ejemplo, mi repertorio. Me he especializado en el difícil arte de acompañar en recitales a grandes divos, como Lena Maria. He dirigido orquesta, aunque no me prodigo por cuestiones de salud... **(Le interrumpe la presencia de TUCEK.)**

TUCEK.- **(No comprende qué hace aquel hombre allí, hablando solo ante un micrófono cerrado.)** Disculpe, señor...

ÓSCAR BOBESCO.- **(Tomado en falta.)** ¿Cómo...?

TUCEK.- **(Perplejo.)** La rueda de prensa ha terminado... No quería interrumpir.

ÓSCAR BOBESCO.- ¡Sí, claro! **(De nuevo al micro, se burla de sí mismo, e intenta salir airoso ante TUCEK, un desconocido, pero que parece crédulo y falto de sentido del humor.)** Señoras y señores, esto toca a su fin. Reclaman el micrófono. Al fin y al cabo, yo no estaba invitado. **(A TUCEK.)** Lo siento. Un juego inocente. La sala está vacía. Óscar Bobesco, para servirle.

TUCEK.- **(Con asombro.)** ¿Cómo! ¿Es usted Óscar Bobesco?

ÓSCAR BOBESCO.- Hoy no paso inadvertido. Nunca lo hubiera creído.

TUCEK.- Soy admirador de su técnica y de su aliento artístico. Soy pianista también. Jirí Tucek, de Praga.

ÓSCAR BOBESCO.- **(Le estrecha la mano.)** ¡Claro! Es usted el pianista que acompaña a la Arciani. Qué encuentro tan interesante.

(Continúan CAROLINA y MADEMOISELLE LEGRAND.)

CAROLINA.- Ese Óscar Bobesco, ¿podría ser mi verdadero padre?

MADemoiselle Legrand.- Fräulein Welfing, no sea melodramática. Pudieron ser amantes, pero eso fue antes del matrimonio de su madre. ¿Se le ha pegado a usted el romanticismo del repertorio?

CAROLINA.- Podría ser un buen golpe publicitario. **(Como si leyera titulares. Sin énfasis, pero con empuje interno, el empuje de las fantasías y los anhelos.)** Carolina Arciani es hija de Óscar Bobesco. La Arciani lo reconoce en una rueda de prensa el día de la presentación de su hija en la Scala. Bobesco acompañará a la joven *mezzo*. Agotadas las localidades, los precios se disparan en la reventa. La RAI graba el recital y entrevista a la nueva diva.

MADemoiselle Legrand.- Ni yo misma lo imaginaría mejor...

CAROLINA.- Lamentablemente, no es cierto.

MADemoiselle Legrand.- ¿Es que no quería usted a su padre?

CAROLINA.- ¿Qué le hace pensar eso?

(Llega hasta ellas ELENA, del brazo de VANUCCI.)

ELENA.- Disculpadme. El alcalde y los suyos, desleales, me han dejado en manos de este joven. Creo que carece de escrúpulos.

MADemoiselle Legrand.- Tratándose de Lino Vanucci, es una gran verdad.

VANUCCI.- Vaya. Nada menos que Jacquie Legrand. Señora, nunca deje cerca de esa mujer su talonario de cheques. **(A CAROLINA, sin darle tiempo a reaccionar a su colega.)** Usted debe de ser Carolina. La belleza hecha voz, la voz lirismo, el lirismo belleza.

(La siguiente «disputa» entre LEGRAND y VANUCCI es pródiga en sonrisas; hay navajazos, pero no pierden la compostura.)

MADemoiselle LeGrand.- Querida Elena, nunca deje usted una hija cerca de esa vergüenza de la profesión. No sabría qué hacer con ella, pero la dejaría en mal estado.

CAROLINA.- ¿Es usted un aficionado?

MADemoiselle LeGrand.- Ése no sabe distinguir a Mozart de Puccini. De Mozart piensa que es una marca de bombones.

VANUCCI.- Querida, yo nunca he escrito libros al dictado.

MADemoiselle LeGrand.- Ni de ninguna otra manera. Un libro y tú sois incompatibles. Bueno, en tu casa debe de hacer libros sobre fútbol.

VANUCCI.- No le hagan caso. Está resentida conmigo, siempre prefiero a cualquier otra.

MADemoiselle LeGrand.- ¿Y no es más cierto que te sientes inseguro conmigo porque no te funcionan tus poses de chulillo de barrio?

VANUCCI.- Creo que debo lanzar la toalla. Soy incapaz de mantenerme mucho tiempo a la altura del ingenio de mi buena amiga Jacquie LeGrand, la mujer que ha superado con creces a Elsa Maxwell y a Oriana Falacci. Jacqueline, ven a mis brazos.

MADemoiselle LeGrand.- (Le abraza.) ¿Te dejaron salir con fianza o estás en régimen abierto?

(Risas, en especial del propio VANUCCI.)

VANUCCI.- Les dije que si no me dejaban salir, eras capaz de hacer saltar la cárcel en pedazos. Te conocen hasta los carceleros.

MADemoiselle LeGrand.- Claro, les mando clientes a menudo.

CAROLINA.- (A su madre.) Vamos a cenar, mamá. (A LEGRAND y VANUCCI.) Lástima que no sean ustedes guionistas de televisión, su ingenio da para algo mejor que entrevistar a auténticos artistas.

VANUCCI.- *Brava! Che invenzione!* (Impetuoso.) Signorina, necesito hablar con usted en privado.

ELENA.- (Antes de que pueda protestar MADEMOISELLE LEGRAND.) Dos minutos. Te esperamos dos minutos, ni uno más. Vamos, Mademoiselle Legrand. Nos espera el director del Municipale.

MADMOISELLE LEGRAND.- (Bajo, a ELENA.) Insista usted en que son dos minutos y no tres. No hay que fiarse de ese tipo. (Alto, a VANUCCI.) Nos veremos, colega.

(Reverencia de VANUCCI, exagerada, histriónica. Salen ELENA y MADEMOISELLE LEGRAND. Quedan solos CAROLINA y VANUCCI.)

VANUCCI.- ¿Por qué no estuvo usted en la rueda de prensa?

CAROLINA.- Estaba ensayando.

VANUCCI.- Y le da vergüenza aparecer en público. Extraño en una cantante de su temperamento, de su capacidad histriónica.

CAROLINA.- ¿Me ha visto ya?

VANUCCI.- Naturalmente, en Nápoles. Es usted espléndida. Su madre, también, claro. Pero usted...

CAROLINA.- ¿Es usted crítico?

VANUCCI.- Todavía no he caído tan bajo.

CAROLINA.- Pero lo intenta, es periodista.

VANUCCI.- ¿Tan mala opinión tiene de los periodistas?

CAROLINA.- No es mi opinión. No hago más que repetir lo que dice Mademoiselle Legrand de los de su gremio. Ella sabrá.

VANUCCI.- No tengo intención de defender a mi gremio. Y mucho menos ante esa arribista de Mademoiselle Legrand.

CAROLINA.- Me ha sorprendido que la conociera usted.

VANUCCI.- Todos la conocen. Seguro de que es ella quien le impide a usted ir a las ruedas de prensa de su madre.

CAROLINA.- Muy perspicaz.

VANUCCI.- Y sé cómo lo justifica: no hay que quitarle protagonismo a Lena Maria Arciani. Pero lo que teme es que usted le robe protagonismo a ella, no a su madre. No quiere diluirse entre las dos Arciani. Ella, que sólo es una amanuense.

CAROLINA.- No la aprecia usted mucho.

VANUCCI.- No es nada personal. Conozco ese tipo de colegas que son capaces de alzarse sobre un moribundo para elevar su estatura. Ahí tiene lo que hace con su madre. Es Jacqueline Legrand quien la obliga a cantar, ¿no es así? (**Con socarronería.**) Usted cuidaría de la salud de su madre, no me diga que no.

CAROLINA.- (**Inquieta.**) Me esperan. En otro momento...

VANUCCI.- Claro. Mañana, después del recital... Usted tiene ya su propio protagonismo. No permita que se lo arrebate esa lesbiana.

CAROLINA.- Pasado mañana, mejor. Aquí mismo, a mediodía. Ya habré descansado, ya se me habrán pasado los nervios...

VANUCCI.- Y yo habré soñado con usted al menos dos veces.

(**Llegan ÓSCAR BOBESCO y TUCEK.**)

CAROLINA.- (**Al ver a TUCEK.**) ¿Qué hace ese imbécil aquí? Debería estar con mi madre.

TUCEK.- (**A ÓSCAR BOBESCO.**) Y ahora, le ruego que me disculpe...

ÓSCAR BOBESCO.- No lo olvide, ni una palabra a Elena. Yo mismo la veré después de la cena... cuando me haga con ánimos.

CAROLINA.- (A VANUCCI.) Tengo que pedirle un favor... Béseme. Con pasión. Como si me amase.

VANUCCI.- No es difícil, pero atégase a las consecuencias.

(Se besan como ella ha pedido. TUCEK los ve y queda petrificado.)

ÓSCAR BOBESCO.- (Que no comprende, pero que advierte el malestar de su acompañante.) Una pareja muy cariñosa. ¿Los conoce usted?

(TUCEK no responde, pero no deja de mirar a CAROLINA y a VANUCCI. Al cabo de unos segundos, concluye el beso.)

CAROLINA.- (Se vuelve a TUCEK.) Jirí, llegas tarde. Mi madre se ha cansado de esperar. Acompáñame.

(Sin una palabra, TUCEK saluda a ÓSCAR BOBESCO y se une a CAROLINA.)

Buenas noches, Lino.

VANUCCI.- Buenas noches, Carolina.

(Salen CAROLINA y TUCEK. VANUCCI, ufano, los ve salir. Cree haber comprendido el sentido del beso, pero no prejuzga el que tengan los que hayan de venir aún. Apenas se fija en ÓSCAR BOBESCO, allí sentado, y con un ligero gesto de saludo se marcha.)

ÓSCAR BOBESCO.- (Solo. **Ensaya varias «presentaciones».**) Elena, Elena... ¿Cómo has podido reconocermé después de tanto tiempo? Con lo que yo he envejecido... No, no, tú sigues igual, igual... En cambio, yo... Oh, me halagas, pero nada de eso es cierto, siempre fuiste tan amable... Quería darte una sorpresa. **(Pausa.)** ¡Pero Elena...! ¿Es que no me reconoces? Soy yo, Óscar, tu Óscar... Bueno, alguien que un día se llamó Óscar... **(Pausa.)** Elena, soy yo, ¿no te acuerdas? Soy un artista que acompañó al piano a la más grande, las artistas... Elena, ya no doy conciertos, no acompaño a estrellas, nadie se acuerda de mí... Tienes que ayudarme...

(Disminuye la iluminación, pero no se oscurece del todo. Transcurre poco más de una hora. Cuando se recupera la iluminación, ÓSCAR BOBESCO apenas se ha movido del punto donde lo hemos dejado.)

Cuadro IV

ÓSCAR BOBESCO.- (Como antes, como si hubiera estado esta hora larga probando fórmulas para lo mismo.) Mejor no recordar. Nos queda lo que tuvimos, qué importa que sea lejano... Sí, me refiero al amor...

(Entran CAROLINA y MADEMOISELLE LEGRAND, sin prisas. Como siempre, esperan a la diva, retenida por las autoridades. Durante los diálogos que siguen ÓSCAR estará al margen, sin ser visto.)

CAROLINA.- La tenemos muy mal acostumbrada.

MADemoISELLE LEGRAND.- Las divas son así. Ya lo sabrá usted un día. O se lo recordarán otros, cuando usted se lo haga sufrir.

CAROLINA.- Me gustaría hacerle una pregunta íntima.

MADemoiselle LeGrand.- Sí, si a cambio me responde usted otra.

CAROLINA.- Trato hecho. Primero yo. ¿Es usted lesbiana?

MADemoiselle LeGrand.- (**Amplia sonrisa, gran suficiencia.**) No. Lo pretenden quienes saben que no me gustan los hombres. Pero tampoco me gustan las mujeres. Es bueno para la libertad de espíritu. ¿Quién le ha dicho que soy lesbiana, ese paleta de Lino Vanucci?

CAROLINA.- Lo he oído por ahí.

MADemoiselle LeGrand.- No le proteja. A su madre le pregunta por enfermedades y perversiones. ¿De qué va a hablar ése? Tenga cuidado con lo que le dice. Saldría en un periódico, pero exagerado.

CAROLINA.- ¿De veras, lo haría...?

MADemoiselle LeGrand.- Téngalo por seguro. Ahora, me toca a mí. ¿Es usted virgen?

CAROLINA.- (**Se encoge de hombros.**) Sí, lo soy...

MADemoiselle LeGrand.- Lo dice como si lo lamentara.

CAROLINA.- No, sólo quisiera ponerle remedio cuanto antes. Hace poco no tenía tanta prisa. Pero esto de viajar enseña mucho.

MADemoiselle LeGrand.- Sí, y abre el apetito. No soy quién para decírselo, pero tiene usted cosas más serias en que pensar. Si me permite un consejo, no caiga con alguien como Vanucci.

CAROLINA.- ¿Cuál sería su candidato?

MADemoiselle LeGrand.- Jirí Tucek, desde luego. Debe ser bueno como primer amor. Después vienen los demás. Pero el primero es delicado. Pobre de quien tiene un primer amor mediocre o neurótico.

CAROLINA.- Tiene usted gracia. Lástima que no nos entendamos.

MADemoiselle Legrand.- No renuncio a un acuerdo. El interés es más fuerte que el afecto.

(Regresa ELENA, del brazo de TUCEK.)

ELENA.- Todo el mundo a la cama. Mañana cantamos. A descansar.

MADemoiselle Legrand.- Yo misma la acompañaré, Frau Welfing.

ELENA.- (A TUCEK.) Y tú haz el favor de acompañar a mi hija hasta su habitación. Cierras por fuera, desde luego.

MADemoiselle Legrand.- Fräulein Welfing, ¿se ha fijado usted lo guapo que está Jirí esta noche?

(Turbación de TUCEK.)

CAROLINA.- (A LEGRAND.) ¿Es más atractivo que Vanucci?

MADemoiselle Legrand.- Como Apolo comparado con Rigoletto.

TUCEK.- (Inicia una protesta.) Señoras...

ELENA.- (Amparando al indefenso.) Basta ya de cháchara. Con esas burlas ponéis nervioso a este hombre, que no sólo es honrado, sino también inocente. ¿Os extraña que además sea guapo y artista?

CAROLINA.- Giorgio, dechado de perfecciones, ¿te dignas llevarme hasta el umbral de mi morada?

TUCEK.- Vamos, sí... Mañana tienes que estar en forma...

CAROLINA.- Buenas noches, mamá. Buenas noches, Mademoiselle Legrand.

(Responden las dos con otro «buenas noches». Salen CAROLINA y TUCEK. Quedan solas ELENA y LEGRAND. ÓSCAR BOBESCO las mira, no se atreve a abordarlas. Pero MADEMOISELLE LEGRAND ha advertido su presencia.)

ELENA.- Sigo preguntándome por qué hemos venido a esta ciudad tan pequeña. Por una vez admito que mi hija tiene razón.

MADemoiselle LEGRAND.- Antes he hecho un descubrimiento que me ha dejado sorprendida. Puede que, sin saberlo, hayamos venido a esta ciudad para encontrarnos con alguien que usted conoció en tiempos.

ELENA.- ¿Hemos sido juguetes del destino?

MADemoiselle LEGRAND.- Quién sabe, Frau Welfing. Me permite...

(Señala al punto oscuro donde se encuentra ÓSCAR BOBESCO, punto que se ilumina inmediatamente y que deja ver a nuestro hombre, que se levanta cuando ve que MADEMOISELLE LEGRAND se dirige hacia él.)

Monsieur Bobesco, ¿verdad...?

ÓSCAR BOBESCO.- ¿Ha sido idea de Elena?

MADemoiselle LEGRAND.- No. Ha sido fruto del azar.

ÓSCAR BOBESCO.- Eso no es cierto. Ni siquiera pretende que yo lo crea.

MADemoiselle LEGRAND.- Será mejor que la Arciani lo crea así.

ÓSCAR BOBESCO.- Por mi parte, no hay inconveniente.

MADemoiselle LEGRAND.- Venga conmigo, se lo ruego.

(Van hasta ELENA, que los ha contemplado con curiosidad.)

Frau Welfing, permítame...

ELENA.- Pero... necesito descansar...

(**MADemoiselle Legrand no responde. Se vuelve a Óscar Bobesco, como si le dijera: «es toda suya». Óscar Bobesco acepta el reto.**)

Óscar Bobesco.- Elena, ¿es que no me reconoces?

ELENA.- (Le mira, perpleja, sorprendida. Le reconoce, pero se niega a aceptarlo demasiado pronto.) ¿Hemos cantado juntos?

Óscar Bobesco.- Podría decirse que sí, que hemos cantado juntos muchas veces... Elena, yo...

ELENA.- (Con burla, remedándole.) Elena, yo, Elena, yo... Aunque sólo fuera por esa cantinela tendría que haberte reconocido, Óscar Bobesco.

(**Silencio. Se miran, contemplados por Mademoiselle Legrand.**)

¿Qué haces ahí parado? ¿Es que nos vas a abrazarme?

(**Óscar Bobesco se acerca a ella. Vacila, pero al fin se abrazan. Suspiros. Hay en él una franqueza de sentimientos demasiado explícitos, y en ella una emoción contradictoria.**)

¿De veras pensabas que no te iba a reconocer?

Óscar Bobesco.- Es que he envejecido tanto...

ELENA.- (Burlona.) Yo, en cambio, no. Como puedes comprobar.

Óscar Bobesco.- Sigues igual que antes.

ELENA.- (Mira a MADEMOISELLE LEGRAND. Con retintín y sin mostrar la menor intención de moverse.) Vamos, Óscar, seamos discretos. Estos viejos amigos tendrán que hablar de sus cosas.

MADemoISELLE LEGRAND.- (Se sonríe.) Si no me necesita...

ELENA.- (Mordaz.) Debe retirarse usted. Es muy tarde ya... y mañana tenemos mucho trabajo.

MADemoISELLE LEGRAND.- Sobre todo usted.

ELENA.- Pero yo ya me sé mi papel.

MADemoISELLE LEGRAND.- En ese caso, intentaré aprenderme el mío antes de adormecerme. (A ÓSCAR.) Monsieur Bobesco...

ÓSCAR BOBESCO.- (Saluda.) Madame...

(Sale MADEMOISELLE LEGRAND. A solas, juntos, pero sin tocarse -se han abrazado ya, y acaso es demasiado-, ELENA y ÓSCAR BOBESCO se miran en silencio. El siguiente diálogo es pausado, con pequeños espacios entre estímulo y respuesta que sugieren la tensión que les provoca el encuentro.)

Te escribí.

ELENA.- No recibí tus cartas.

ÓSCAR BOBESCO.- Te busqué.

ELENA.- Se ve que no me encontraste.

ÓSCAR BOBESCO.- Te dediqué un ciclo de canciones. No tuve respuesta.

ELENA.- Cosas del representante. Nada de música contemporánea.

ÓSCAR BOBESCO.- Un día te localicé, por fin...

ELENA.- Y no te atreviste a llamar a la puerta.

ÓSCAR BOBESCO.- Te he recordado siempre.

ELENA.- Yo a ti tampoco.

ÓSCAR BOBESCO.- ¡Elena!

ELENA.- **(Corta bruscamente, pero con cierta ternura, la deriva del diálogo.)** Óscar, mañana tengo un concierto. ¿Irás?

ÓSCAR BOBESCO.- ¡Claro que iré!

ELENA.- Había una cena con autoridades y gente por el estilo. La cancelaré. Cenaremos tú y yo en mi habitación.

ÓSCAR BOBESCO.- Como siempre, decides sin contar conmigo.

ELENA.- Como siempre, sé cuál es tu opinión.

ÓSCAR BOBESCO.- ¿Te acuerdas? **(Canturrea.)** «Mit mir, mit mir...»

ELENA.- **(Continúa.)** «...keine Nacht dir zu lang...» Mañana cantaremos. Ahora, tranquilidad, tengo que estar en forma para el recital... Sé que te haces cargo, siempre has sido comprensivo y generoso. Dame un beso. Si pudiera pedirte algo, te pediría que soñaras conmigo. No, no digas nada, sé que harás cuanto esté en tu mano... Como siempre. Es tu estilo. Hasta mañana.

ÓSCAR BOBESCO.- Hasta mañana, Elena.

(Sale ELENA. ÓSCAR queda solo en escena. Oscuro.)

Cuadro V

En la habitación de ELENA, en el hotel. Discusión subida de tono entre madre e hija.

ELENA.- ¡He dicho que no, y es que no!

CAROLINA.- Mamá, nunca te pido nada...

ELENA.- Escúchame, jovencita, tú pides muchas cosas y yo te doy casi todas. Pero esto no puede ser.

CAROLINA.- Claro, Monsieur Bobesco es cosa tuya, para ti sola.

ELENA.- Un par de horas, una cena a solas, eso es todo lo que pido después de tantos años. No es demasiado. No pretendo guardarme a Bobesco para mí, pero quiero que hablemos de nuestras cosas, por eso he plantado a esos señores tan importantes. A partir de mañana tendrás a Bobesco para ti sola.

CAROLINA.- (Llorosa.) Mamá, ahora lo tengo todo claro. No me quieres.

(No se produce el efecto esperado por CAROLINA:
ELENA se echa a reír. CAROLINA reacciona con
resentimiento.)

¡Por qué te ríes de mí! ¿No te das cuentas de que es muy importante para mi carrera? Ya veo lo egoísta que eres. No quieres que tu hija cante, sino que todos te recuerden a ti, que no haya más Arciani que tú.

ELENA.- Eres una insensata. Después del éxito que has tenido hoy, no consiento que digas que no hago nada por tu carrera.

CAROLINA.- No me aplaudían a mí, sino a ti.

ELENA.- A las dos. Tú has tenido tus solos, y te han aplaudido a rabiar. Tienes veinte años y te vas a convertir en una gran diva.

CAROLINA.- ¡No mientas! Los aplausos que me dedicaban eran para ti, por ser la madre de esta criatura que promete.

ELENA.- No vas a convencerme. Mañana tendrás a Bobesco. Se lo diré: Óscar, tienes que hablar con mi hija, ella espera mucho de ti. Pero hoy quiero ver a ese viejo amigo a solas. Ya le propondrás ese fantasma tuyo de que nos acompañe en un recital. Y, ahora, dominate. Está a punto de llegar y no quiero que nos vea en pleno soponcio.

(Llaman a la puerta.)

¿Lo ves? Ahí está.

CAROLINA.- (Se levanta, de un salto, se limpia las lágrimas.) No has acabado de arreglarte... ¿Me dejas hablar un momento con él?

ELENA.- Te he dicho que... Bah, haz lo que quieras, habla con él mientras termino.

CAROLINA.- Perdoname, mamá, me ponen nerviosa los recitales.

ELENA.- Eso no es malo, pero hay que saber dominarse.

(Le hace una carantoña a su hija y sale. CAROLINA, impaciente, la ve irse. Inmediatamente, acude a abrir. Entra ÓSCAR BOBESCO.)

ÓSCAR BOBESCO.- Ah, ¿está usted aquí, Fräulein Welfing?

CAROLINA.- Ya me iba, pero... Quería hacerle una pregunta. Mi madre termina de arreglarse.

ÓSCAR BOBESCO.- La esperaremos juntos. ¿Cena usted con nosotros?

CAROLINA.- Eso quiere mi madre, pero soy una hija comprensiva, ustedes tendrán que hablar de sus cosas después de tanto tiempo...

ÓSCAR BOBESCO.- Sí... Más de veinte años. Es mucho tiempo, ¿no cree?

CAROLINA.- Esos veinte años son para mí toda la vida. En fin, me voy... (Va a marcharse.)

ÓSCAR BOBESCO.- ¿No me iba a hacer usted una pregunta?

CAROLINA.- Sí, claro, qué tonta soy. Dígame con sinceridad: ¿es cierto lo que nos dijo al terminar el concierto?

ÓSCAR BOBESCO.- Si no recuerdo mal, les dije que me había gustado mucho el recital. Y es cierto. ¿Se refiere a eso?

CAROLINA.- Es que... no puede decirse que yo tenga gran seguridad en mí misma.

ÓSCAR BOBESCO.- Siendo hija de Elena, me sorprende. O quizá, por esa razón... **(Se detiene.)**

CAROLINA.- ¿Cree usted que seré alguna vez como mi madre?

ÓSCAR BOBESCO.- Con toda sinceridad le diré, Fräulein Welfing, que está en el mejor de los caminos para conseguirlo.

CAROLINA.- (Halagada, pero intimidada.) Tengo verdaderos deseos de que hablemos. He oído hablar tanto de Óscar Bobesco. Tenemos discos suyos en casa... con mi madre. Yo decía: quién es ese pianista, es sensacional.

ÓSCAR BOBESCO.- (Modesto.) Le agradezco sus palabras, pero...

CAROLINA.- Tenemos que hablar.

ÓSCAR BOBESCO.- Mañana, tal vez.

CAROLINA.- O dentro de un rato. Mi madre se retira pronto, no soporta trasnochar. Hagame ese pequeño favor. Mi habitación es la 620, en el piso de abajo. Esto queda entre usted y yo. No quiero que mi madre crea que le quito sus amigos.

ÓSCAR BOBESCO.- ¿No debe saberlo Elena?

CAROLINA.- No tiene importancia. Pero los celos entre madre e hija funcionan de un modo a veces absurdo. Usted ya me entiende.

ÓSCAR BOBESCO.- No sé si la entiendo, pero haré lo que usted me pida.

CAROLINA.- (En voz más alta, hacia el punto por donde salió ELENA.) ¡Mamá! ¿No estás lista? Te está esperando Monsieur Bobesco.

ELENA.- (Desde fuera.) Óscar, un minuto y estoy contigo.

CAROLINA.- (A ÓSCAR.) No sé qué decirle, son tantas cosas...

(De repente, le besa en los labios, ligeramente, pero se diría que con auténtico deseo. Él no lo esperaba, le gana el estupor.)

Perdone mi atrevimiento... Ha sido más fuerte que yo. Estaré en mi habitación. La 620. Llámeme, por favor.

ÓSCAR BOBESCO.- (Muy sorprendido.) Descuide, Fräulein Welfing...

(CAROLINA le toma una mano, le sonrío -una sonrisa de niña buena y melancólica- y sale. Al cabo de unos segundos entra ELENA.)

Elena... Deslumbrante, como siempre.

ELENA.- Al fin solos. **(Llega a él y le toma del brazo.)** Que conste que lo digo en serio. No ha sido fácil que nos dejen solos.

ÓSCAR BOBESCO.- Lo dices por esos caballeros.

ELENA.- Ah, si yo te contara...

ÓSCAR BOBESCO.- ¿Qué excusa les has puesto?

ELENA.- La verdad: un compromiso con un gran artista.

(ELENA y ÓSCAR BOBESCO, solos, van a cenar ante una mesa en la habitación de ella. Paralelamente, aparecen los demás personajes, que parecen dirigirse al público, pero que en rigor hablan a otro.)

VANUCCI.- (Al público, como si le hablara a MADEMOISELLELEGRAND.) Querida colega, ¿es cierto que la Arciani ha cancelado la cena con autoridades y colegas para encerrarse con ese pianista del Conservatorio? Puede intentar revestirlo como prefiera, pero no hay que ser un lince para advertir que hay algo más de lo que parece.

ÓSCAR BOBESCO.- (Cena con ELENA.) ¿Te perdonan que les dejes por mí?

ELENA.- Supongo que alguno se habrá sentido defraudado, pero a los artistas se les acaba perdonando todo. A los artistas y a los irresponsables. Dime, ¿de veras te gustó el recital?

ÓSCAR BOBESCO.- Claro que sí. ¿Crees que a estas alturas puedo decirte una cosa por otra?

ELENA.- Dime la verdad: ¿también te gustó Carolina, mi hija?

(TUCEK, solo frente al público, como si hablara con alguien.)

TUCEK.- Son ganas de buscarle sentidos raros a las cosas. La Arciani llega a esta ciudad, encuentra a un músico que trabajó con ella durante años... ¿Por qué no va a permitirse una cena con él, aunque para ello defraude a unos ridículos notables provincianos?

ELENA.- (Con ÓSCAR BOBESCO.) ¿Te acuerdas del recital en París?

ÓSCAR BOBESCO.- ¿El de la Pleyel? Claro que me acuerdo. Eso fue... en 1965. Veinticinco años.

ELENA.- Lo han sacado en disco. El clásico pirata que grabó una cinta. Es de agradecer.

ÓSCAR BOBESCO.- ¿Te acuerdas del recital de Nápoles, el del San Carlo?

ELENA.- Claro, también lo desenterraron los piratas. Pero ese disco tiene muchos años ya...

ÓSCAR BOBESCO.- Yo lo oigo a menudo.

ELENA.- Yo también... Nunca olvidaré ese día.

(CAROLINA, sola ante el público, como si hablara con VANUCCI.)

CAROLINA.- Lino Vanucci, vanidoso, periodista ridículo, no entiendes nada. ¿Crees que aquel beso te da derecho a todo? Era un beso que yo necesitaba enseñarle a alguien, y no hay que darle más vueltas. Pobre mamá, si supiera que intenta usted seducirme sólo para averiguar cosas raras sobre su cena con Bobesco... (**Mordaz, como si deseara que VANUCCI no creyera las razones que desgrana.**) La Arciani llega a esta encantadora ciudad (no olvides ponerlo así, te lo ruego), se encuentra con un viejo amigo, que es nada menos que el gran músico que la acompañó en tantos recitales... ¿Por qué no va a permitirse una cena con él, dejando plantados a esos notables?

ELENA.- (**Con ÓSCAR BOBESCO.**) ¿Es cierto que estabas haciendo una rueda de prensa tú solo, en una sala vacía a micrófono apagado?

ÓSCAR BOBESCO.- Veo que ese pianista checo no guarda un secreto.

ELENA.- Pensaría que no es un secreto. Dime la verdad, echas de menos los aplausos, el público, y un poquito el dinero, ¿verdad?

ÓSCAR BOBESCO.- (**Lo admite a regañadientes.**) Verdad.

ELENA.- Y quieres que alguien te eche una mano, ¿no es así?

ÓSCAR BOBESCO.- No es imprescindible, pero no me vendría mal.

ELENA.- Tan orgulloso como antes... No vas a pedirlo abiertamente. El caso es que no puedo creer que hayas dado el paso de venir hasta mí sólo para pedir trabajo.

ÓSCAR BOBESCO.- Ya te he dicho que en estos años... (**Se detiene.**)

ELENA.- Bah, me has querido, pero ya no me quieres. Nunca fuiste un Sansón, pero no creo que tu debilidad haya llegado a tanto como para no olvidarme. ¿Nostalgia? Tal vez. Yo también la tuve. No se puede olvidar un amante como tú de la noche a la mañana. Pero continuar como antes, como si estos veinte años no hubiesen pasado, tiene mucho de engaño y algo de monstruosidad.

ÓSCAR BOBESCO.- Nunca fui Sansón, pero tú eres la mejor Dalila.

ELENA.- Quién sabe... Si fuera una romántica te diría lo que Dalila a Sansón. **(Canturrea.)** «Redis à ma tendresse les serments d'autrefois, ces serments que j'aimais...!»

(MADEMOISELLE LEGRAND, sola ante el público, habla a VANUCCI.)

MADEMOISELLE LEGRAND.- Querido colega, si en tu periódico se conforman contigo, allá ellos. Puede que el deber de un periodista sea buscar hasta donde no hay, pero en alguna parte deberían enseñarnos que no hay que buscar siempre los mismos tópicos, las mismas pasioncitas previsibles... No es que te pida seriedad, eso iría contra las normas del periodismo que cultivas. Pero, por tu bien, no te repitas tanto. **(Mordaz, pero con un matiz distinto al de CAROLINA en su parlamento de antes, tan semejante a éste.)** Vamos a ver, ¿no es normal que la Arciani deje cualquier cosa para irse a recordar los días del pasado en compañía de su gran amigo...? [...] **(Como si diera a entender lo contrario de lo que dice.)** ¿De haber sabido que Bobesco vivía aquí? No por eso hubiera cambiado el itinerario de conciertos de las Arciani. Pero el caso es que yo no lo sabía.

ELENA.- **(Con ÓSCAR BOBESCO.)** De modo que Carolina te ha gustado... Quisiera que se lanzara como cantante, pero yo soy su madre, no puedo juzgar... Sí, también es muy bella, una preciosidad, mitad alemana, mitad española, ha sacado lo mejor de cada país... Pero es una reprimida, como se decía en nuestros tiempos... La he educado lo mejor que he podido. También su padre, claro. Esa niña ha sido mi vida durante veinte años, sólo he vivido para ella... y para Hans. Ahora quiere salir adelante en esta carrera tan difícil, y yo estoy dispuesta a... **(Silencio.)** Te has portado bien, Óscar. Pocos recuerdos, pocas quejas, ningún reproche.

(Pausa. Se miran. Él prefiere no responder.)

Recuerdos... Bah, «je me fou du passé»... Pero las quejas y los reproches son nocivos para la salud del alma y para la del cuerpo... Has sido elegante, Óscar... Para ser nuestra primera charla en veinte años, no tengo motivos de queja... Hasta he cantado... «Les serments d'autrefois... Ces serments que j'aimais...» **(Silencio.)** Gracias, Óscar. No me has reprochado mis juramentos. Eres delicado. Un caballero. Te lo agradezco.

(Oíamos de fondo el aria de Dalila al que alude ELENA. Su volumen aumenta, se hace con la escena y propicia el oscuro.)

Cuadro VI

MADemoiselle LEGRAND y JIRÍ TUCEK, en algún punto del hotel.

MADemoiselle LEGRAND.- ¿Busca usted a Carolina Welfing?

TUCEK.- (Disimula.) No, me retiraba. Ha sido un día agotador.

MADemoiselle LEGRAND.- Pero ha merecido la pena. Todo un éxito.

TUCEK.- (Va a retirarse.) Si me permite...

MADemoiselle LEGRAND.- Nadie la ha visto. ¿Quién la habrá seducido? No está en su habitación.

TUCEK.- Quién sabe. Puede que esté con Vanucci.

MADemoiselle LEGRAND.- No tema, Vanucci está en el bar del hotel. Me espera, pero...

TUCEK.- Pero a quien espera es a Carolina.

MADemoiselle LeGrand.- Esperará en vano. Veo que es usted tan susceptible como su novia... Tanto ella como usted desconocen el lado cómico de las cosas. No saben lo que se pierden.

TUCEK.- Me voy a mi habitación. Buenas noches.

MADemoiselle LeGrand.- Yo también voy a mi habitación.

TUCEK.- ¿No tenía cita con Vanucci?

MADemoiselle LeGrand.- Por mí, que espere hasta la madrugada.

(Oscuro.)

Cuadro VII

ÓSCAR BOBESCO y CAROLINA, en la habitación del primero.

ÓSCAR BOBESCO.- Yo creía que tú y tu madre teníais relaciones modelo.

CAROLINA.- (Termina de vestirse.) Mi madre me odia.

ÓSCAR BOBESCO.- Creo que te equivocas.

CAROLINA.- No. Es absorbente, celosa, un pozo de vanidad. Intento cobrarme lo que pueda, y después huir de su lado. La verdad es que preferiría que mi madre no se enterara de lo nuestro. Y algo me dice que tú también lo prefieres así.

ÓSCAR BOBESCO.- ¿Por qué razón yo también?

CAROLINA.- ¿Es cierto que fuiste su amante?

ÓSCAR BOBESCO.- (Lo esperaba.) Eso son leyendas. La gente no puede comprender que un hombre y una mujer trabajen juntos durante años sin que haya algo entre ellos. El caso es que sí, es mejor que ella no sepa nada. A nadie le hace gracia que su hija tenga relaciones con un viejo. Y si ese viejo es un viejo amigo, peor todavía.

CAROLINA.- De ti lo que llama más la atención no es la edad, sino, no sé cómo llamarlo... la candidez, puede que sea eso.

ÓSCAR BOBESCO.- ¿Me consideras cándido?

CAROLINA.- O algo por el estilo. Te hace parecer más joven.

ÓSCAR BOBESCO.- ¿Y eso es bueno?

CAROLINA.- Tal vez te he elegido por eso para perder mi virginidad. ¿Te das cuenta? Ya no voy virgen. ¿No es maravilloso? Ha sido todo un detalle que vinieras a buscarme después de cenar con mamá. Deberíamos celebrarlo con champán. Un acontecimiento. Soy libre del estigma. A mi edad, mis amigas tienen ya una considerable experiencia. **(Silencio. Ya se ha vestido.)**

ÓSCAR BOBESCO.- De modo que «me has elegido»...

CAROLINA.- Bueno, tú también me has elegido a mí.

ÓSCAR BOBESCO.- Sí. Eligen las mujeres, aunque creamos lo contrario.

CAROLINA.- Se ve que sabes mucho de mujeres. Seguro que estás traicionando a otra. ¿No tienes una esposa, o novia?

ÓSCAR BOBESCO.- Hace tiempo que no. No merece la pena hablar de eso.

CAROLINA.- Dime, ¿cómo eligen las mujeres?

ÓSCAR BOBESCO.- A menudo sucede que un hombre las seduce, pero es una seducción espiritual, no se entregan a él, se echan en brazos de otro con otro. Tú has venido a mí salida de los brazos de alguien. No sé quién será ese otro, ni me importa, pero no has venido a mí salida de la nada. Te vi besarte con Vanucci.

CAROLINA.- (Se cuelga de los brazos de ÓSCAR BOBESCO.) Todos los hombres sois celosos. Tienes celos de Vanucci.

ÓSCAR BOBESCO.- No, no me explico bien. Quiero decir que vienes a mí salida de una decepción, de una insuficiencia, qué sé yo... Todo amor viene de otro amor que era menor o estaba agotado. Pero sin ese amor no habríamos aprendido a amar para el siguiente.

CAROLINA.- Entonces, bésame.

(Se besan.)

Me resultabas excitante, más que esos dos jovencitos. Es excitante hacer el amor con el mismo que se había acostado con... (Se detiene.)

ÓSCAR BOBESCO.- (En guardia.) ¿Con quién...?

CAROLINA.- Con mujeres bellas, importantes, llenas de *glamour*.

ÓSCAR BOBESCO.- ¿Por ejemplo?

CAROLINA.- No sé sus nombres, Óscar, empezaste antes de nacer yo. Es lo que se dice por ahí. Si te elegí, no pude hacerlo mejor.

ÓSCAR BOBESCO.- Hace tiempo dejé de ser vanidoso. Tal vez aún tengo algún atractivo, aunque me conozco tanto que no comprendo cuál pueda ser. Lo que me pregunto es lo que te ha traído hasta mí. Me lo pregunto, pero no necesito saberlo. Me basta contigo.

CAROLINA.- Eso es lo bueno de enamorarse de hombres maduros. Que no se creen irresistibles. Sí, tal vez tengas razón. Hace unos días yo era contraria a una relación con un hombre. Pero uno me acosa y, de repente, me voy en brazos de otro. Un beso leve, y de esos brazos paso a ti. Es decir: mis amigas insisten en que hacer el amor es bueno para la salud; Jirí insiste machacón en una cosa llamada amor; un tal Lino Vanucci me besa y, como resultado de todo, me voy a la cama con Óscar Bobesco...

ÓSCAR BOBESCO.- El beso a Vanucci fue toda una puesta en escena. Lo hiciste delante de Tucek, que está loquito por la pequeña Welfing.

CAROLINA.- Me da la sensación de que es difícil hacerte creer que me he enamorado de ti.

ÓSCAR BOBESCO.- ¿Así, de repente, en unas horas?

CAROLINA.- No sé tú. Yo nunca he sabido de horas como ésas.

ÓSCAR BOBESCO.- ¡Carolina!

(Se besan.)

CAROLINA.- Óscar... Tengo que pedirte un favor. Dos favores. Piénsatelo y mañana me respondes. Uno: quiero que nos acompañes en Milán. Quiero que seas tú, no Jirí Tucek. La tradición sigue. El pianista de la Arciani apadrina a la hija de la diva.

ÓSCAR BOBESCO.- Haré lo que tú digas. ¿Has contado con tu madre?

CAROLINA.- Eso no importa ahora. Mi madre, siempre mi madre. Tengo que darme prisa, Óscar. Quién sabe. Puede que yo no disponga de una vida tan larga como sería necesario.

ÓSCAR BOBESCO.- (Alarmado.) ¿Por qué dices eso?

CAROLINA.- La salud de mi madre es precaria. Pero la mía no es mejor, ni mucho menos.

(Estupor mudo de ÓSCAR BOBESCO.)

Bah, no le des importancia. Algunos síntomas, algún análisis. Nada concreto.

ÓSCAR BOBESCO.- ¿No serás aprensiva?

CAROLINA.- Sí, soy bastante aprensiva. **(Desvía el asunto.)**
Te he pedido un favor. Falta otro. Es delicado, pero puede ser un gran golpe. Cuento con Vanucci, y la propia Legrand se verá obligada a sacarlo en su periódico francés. Dará la vuelta al mundo.

(Se detiene. Se miran. Expectación de ÓSCAR BOBESCO.)

Óscar, amor mío... Tengo la intención de decirle a Vanucci que... que tú eres mi padre... Tú eras amante de mi madre, ella se fue con Hans Welfing cuando ya estaba embarazada de mí... No es verdad, desde luego. Se desmentirá más tarde, pero de momento será un escándalo. Imagina la publicidad.

(Estas palabras han provocado nuevo estupor en ÓSCAR BOBESCO, que mira fijamente a CAROLINA, sin dar crédito.)

ÓSCAR BOBESCO.- Pero... Pero... Carolina...

CAROLINA.- Calla, Óscar, calla, no digas nada...

(Se besan. Se oscurece el escenario. Pero un punto muy concreto se ilumina al mismo tiempo, sobre VANUCCI, que está solo.)

VANUCCI.- **(Algo achispado.)** Vanucci, confiesa tu fracaso. Dos mujeres te dan plantón. Han abusado de tu buena fe. **(Como si viera a MADEMOISELLE LEGRAND, muy histriónico.)** ¡Querida Jacqueline, la que te perdiste anoche! Ah, no, no, no pienso decir una palabra. Es un secreto entre una personita y yo. Te esperamos, pero hubo que prescindir de ti. **(De repente, imagina ante él otro personaje, CAROLINA.)** ¡Carolina! Perdoname, ya sé que me porté como un... La culpa no fue mía, pero eso no disminuye mi falta. Cosas de mi periódico. Llegué tarde y, claro, ya te habías marchado. No importa, tenemos mucho tiempo por delante.

(Oscuro.)

Cuadro VIII

ELENA se retoca su toilette matinal. ÓSCAR BOBESCO, turbado, no sabe cómo entrar en materia.

ÓSCAR BOBESCO.- Anoche... Hablé con tu hija.

ELENA.- Así que se salió con la suya... Le dije que esperara un poco, que tendría tiempo. Tant pis! ¿Qué te ha parecido la niña?

ÓSCAR BOBESCO.- Muy bien. Pero hace unas proposiciones sorprendentes.

ELENA.- ¡Qué raro! No es de ese tipo de chicas. Ojalá fuera más atrevida. ¿Qué te ha propuesto?

ÓSCAR BOBESCO.- No es lo que tú piensas.

(Ella ríe entre dientes.)

Es un golpe publicitario. Me sorprende su desparpajo. Primero me ha pedido que os acompañe en Milán. Nada menos que en Milán.

ELENA.- (Aliviada.) Ah, eso. Ya me lo había dicho. Me pidió permiso, y se lo concedí. Aunque no me sorprendería que primero te lo hubiese propuesto a ti y me hubiera pedido permiso más tarde. Nos crea un problema con Tucek, pero Giorgio se conformará.

ÓSCAR BOBESCO.- Es que hay algo más. Dice... dice que puede sugerirle a los periodistas que yo soy su verdadero padre. Entonces...

ELENA.- (La suficiencia de antes, la burla de su hija y de ÓSCAR BOBESCO la hallan inerme.) ¡Óscar! ¡No! ¡Eso no!

ÓSCAR BOBESCO.- Claro que no, soy de tu misma opinión.

ELENA.- ¡Óscar, júrame que no harás nada por el estilo!

ÓSCAR BOBESCO.- Pero si yo soy quien ha dicho que es una locura.

ELENA.- ¡Es indecente!

ÓSCAR BOBESCO.- Eso. Es indecente, y no estoy dispuesto a...

ELENA.- Me siento mal. Alcánzame el frasco, no me puedo mover.

ÓSCAR BOBESCO.- (Muy alterado, se levanta.) El frasco... el frasco...

ELENA.- Y una cucharilla. Tiene que haber una cucharilla.

(ÓSCAR BOBESCO encuentra el frasco y la cucharilla. Lo abre. Se lo entrega a ELENA, que con esfuerzo se sirve su dosis.)

ÓSCAR BOBESCO.- Elena... Elena...

ELENA.- (Se recupera.) Me van a matar entre las dos. Esta pócima sirve para detener los infartos, me lo recetaba mi propio marido. Pero no creo que vaya a funcionar siempre. Ayúdame, Óscar, querido, necesito moverme un poco... (ÓSCAR BOBESCO la ayuda, es incapaz de decir una palabra.) Sigues tan inocente como antes. Esas van a lo suyo. Una quiere publicar mis amores con Óscar Bobesco y con los demás.

ÓSCAR BOBESCO.- ¡Elena!

ELENA.- Y la otra pretende abrirse camino como *mezzosoprano* a la sombra de su madre, aunque su madre reviente. La has oído cantar. No está mal, hoy día no hay voces. La cuerda de mezzos y de contraltos está de capa caída. Los teatros de ópera están llenos de gente que en mis tiempos no hubiera salido del coro. Carolina no quiere empezar desde el principio, no quiere disciplina. Le gustaría cantar Dalila en el Metropolitan mañana mismo. A costa de su madre... **(El llanto se ha abierto camino hasta brotar, discreto, púdico.)**

ÓSCAR BOBESCO.- Elena, yo no sabía... Estás mal... No puedes cantar.

ELENA.- Claro que no puedo cantar. Hasta Jacqueline se ha dado cuenta, pero Carolina me reprocha que no hago nada por ella...

ÓSCAR BOBESCO.- ¿Cómo salió así? Tú siempre fuiste buena, generosa.

ELENA.- Los hijos no salen a los padres. Eso son leyendas.

ÓSCAR BOBESCO.- Tal vez salió a tu marido. ¿Por qué me dejaste por él?

ELENA.- ¿No me irás a hacer reproches tú también?

ÓSCAR BOBESCO.- No, Elena... Creo que éramos felices juntos.

ELENA.- Mírate, Óscar. Eres un niño, eres un ingenuo. Siempre lo fuiste. Yo necesitaba otro hombre como marido. Tú eras el mejor amante, pero siempre estabas en la luna. Las mujeres necesitamos un hombre con los pies en el suelo, aunque nos gusten los otros.

ÓSCAR BOBESCO.- Y pensar que podríamos tener un hijo como Carolina...

ELENA.- Si es eso lo que te preocupa, puedes estar tranquilo. ¿Es que nunca has sospechado que Carolina sea hija tuya?

(Estupor de ÓSCAR BOBESCO, que se queda mirando a ELENA.)

ÓSCAR BOBESCO.- (Alarmado. Tenso.) Elena, no bromees con esas cosas.

ELENA.- ¡Qué importancia tiene! El pobre Hans era estéril, no hubo más hijos que Carolina. Hans debió de sospechar que Carolina no era hija suya, pero era un caballero y no dijo nada. Se limitó a morir en cuanto tuvo edad para ello.

ÓSCAR BOBESCO.- (Horrorizado.) ¡Elena!

ELENA.- ¿No te irás a poner celoso ahora? Óscar, te voy a decir lo que Jacqueline desearía oír. Tú has sido el amor de mi vida. Me casé con Hans casi por casualidad. Fue él quien me detectó lo del corazón. Nada me complacería más que salvarle la vida a una mujer que une talento y belleza, me dijo. Un lugar común dicho en alto alemán impecable. Funcionó. Además, ya odiaba el mundo del canto, la ópera, los conciertos. Los he echado de menos, sí. A menudo he fantaseado con que volvía a cantar Dalila, Mignon, Carmen, Rossina, Charlotte, Dulcinea. **(Se exalta, progresivamente.)** Añoraba cuando me subía a la mesa, en El murciélago, en el papel de Orlofsky y cantaba el brindis. Orlofsky era un papel travestido. Me encantaban los papeles travestidos, vestida de hombre, con casacas, con levitas, con la elegancia de los señores antiguos. Me encantaba soñar que volvía a ser el enamorado Cherubino, o el apuesto Oktavian y que le llevaba la rosa a la adorable Sophie. Pero volvía la realidad, lo cotidiano, y me decía a mí misma: «Elena, eres la esposa de un médico eminente y todo eso ha pasado ya. Nunca volverás a cantar a Wagner, nunca volverás a ser Fricka, Ortrud, Brangania o Magdalena».

(Una pausa. ÓSCAR BOBESCO está ahora más alarmado por ELENA que presa del trastorno que le ha supuesto la revelación de ésta. Al cabo, ELENA se recupera.)

Me conformaba enseguida. Tenía lo que de veras quería, y a cambio había perdido el brillo, ése que, una vez que lo has poseído, nunca olvidas, porque es voluptuoso y lleno de poder. Sólo que también es duro, engañoso, pérfido, y te alejas de él porque te va en ello la salud del cuerpo y la del alma. Y, ya ves, ahora he vuelto a ese mundo odioso. Unas medias memorias, unos medio recitales. Quién sabe si con esto no acelero... **(Se detiene.)**

ÓSCAR BOBESCO.- ¡Por el amor de Dios, qué es lo que aceleras!

ELENA.- (Como si quisiera quitarle importancia a lo que acaba de decir.) Bah, ya sabes que las cantantes como yo son, además, actrices. Siempre he sido actriz. Dramática y cómica. ¿Me recuerdas en el papel de Frau Reich, de Las alegres comadres de Windsor? ¡Cómo nos divertíamos! ¿Y mis papeles del comienzo de mi carrera, aquellas operetas de Offenbach? ¡Qué joven era yo...! Entonces me enamoré de Konrad Friedrich. Yo no lo sabía, pero no era amor. Yo era joven, arrebatadora. Y Korand el director joven más prometedor. Quería que me ayudara en mi carrera. Y me ayudó.

ÓSCAR BOBESCO.- ¡Elena!

ELENA.- Los celos, otra vez. El gran amor de mi vida eres tú, pero yo quería una vida tranquila, un médico ilustre, unos hijos.

ÓSCAR BOBESCO.- Unos hijos...

ELENA.- Ya lo ves. Ironías del destino. Sólo tuve una hija, y se la debo al amor de mi vida, al bohemio, al loco, no al otro.

ÓSCAR BOBESCO.- Elena, no sabes, ni sabrás nunca, el daño que me has hecho al decirme...

ELENA.- ¿Que Carolina es hija tuya? Te ruego que te moderes. Cuando aparezca por esa puerta, no quiero melodramas, ella no debe saberlo. No quiero coups de théâtre como en Las bodas de Fígaro: «Mein vater?» «Dein vater!» Te he hecho una confidencia, tú me has provocado. Tal vez tendría que haberme callado.

ÓSCAR BOBESCO.- (Sombrío.) No te preocupes, no le diré nada.

ELENA.- (Se levanta, no sin esfuerzo.) No esperaba menos de ti. A ella sí que le haría daño. Es una muchacha tradicional. (Mordaz.) Como su padre. Como Hans Welfing, quiero decir. Y ahora, abrázame. Aunque no sea como en los viejos tiempos.

(Se abrazan. Ella percibe el trastorno de él.)

Te ha afectado. El corazón se te desboca. Si yo lo tuviera así, me iría al otro mundo. Tienes que recuperarte. Empezamos a ensayar mañana mismo.

ÓSCAR BOBESCO.- ¿A ensayar?

ELENA.- Nos acompañas en Milán, ¿lo olvidabas? No vamos a decirle a nadie que Carolina es hija tuya. Pero nos acompañas. Quiere Carolina, ya se ve. Y Jacqueline Legrand, por lo que pueda sacar. Queremos tú y yo, porque has sido mi acompañante y por lo que los demás no saben. El único que no querrá es Jorgito Tucek, pero una palabra de Carolina es para él más fuerte que la ley.

ÓSCAR BOBESCO.- Tal vez deberíamos renunciar a eso.

ELENA.- De ninguna manera. Mira, vamos a dejar a Carolina, que aunque sea hija tuya es una buena arpía. Vamos a cenar juntos aquí, en el hotel. Quiero recordar cosas, como la otra noche. A nuestra edad, cuando ya ha pasado todo y todavía estamos de buen ver, es bonito recordar. ¿Recuerdas nuestro recital en Madrid? Acababan de abrir el Teatro Real después de cuarenta años. Lleno a rebosar. Schubert, Schumann, Brahms y Wolf. Y unas cuantas canciones de Granados y de Falla. Ya lo dice mi buena amiga Pilar Lorengar: en España tenemos canciones muy bellas, hay que cantarlas. Aquella noche éramos felices. Pero poco después el corazón me daba un par de avisos, y dos años después era una respetable ama de casa.

ÓSCAR BOBESCO.- Ahora prefiero no recordar... Necesito descansar.

ELENA.- ¿Y meditar?

ÓSCAR BOBESCO.- También.

ELENA.- Renuncio a ti, aunque me caigan encima esas dos.

ÓSCAR BOBESCO.- Lo lamento.

ELENA.- ¿Esperas mi permiso? (**Pausa. Se miran.**) Puedes irte.

ÓSCAR BOBESCO.- (**La besa en las mejillas.**) Buenas noches, Elena.

ELENA.- Buenas noches, Óscar.

(Pero no se mueven. Tomados de las manos, se miran.)

Telón.

SEGUNDA PARTE

Ha transcurrido más de un mes. Ha tenido lugar el recital de Milán. TUCEK restaña sus heridas. VANUCCI ataca. LEGRAND acecha. CAROLINA comprueba que está embarazada. ELENA enferma algo más cada día. ÓSCAR BOBESCO alimenta confusión y heridas; sin resentimiento, sólo con esa obstinación en que los acontecimientos le sorprendan.

Cuadro IX

ELENA y ÓSCAR BOBESCO, en la habitación de ella. Han pasado dos días desde el recital en la Scala. Mientras ellos hablan, vemos a CAROLINA y a MADEMOISELLE LEGRAND en otro punto del escenario. Estas últimas hablarán cuando dejen de hacerlo ELENA y ÓSCAR BOBESCO.

ÓSCAR BOBESCO.- ¿Cómo te encuentras hoy?

ELENA.- Después de leer los periódicos, como nunca.

ÓSCAR BOBESCO.- A mí no tienes por qué engañarme. Dime la verdad.

ELENA.- ¿Cuál es esa verdad?

ÓSCAR BOBESCO.- Tienes que cuidarte. Tienes que dejar los recitales.

ELENA.- Óscar, ¿no te das cuenta? Estos conciertos me hacían renacer a pesar del esfuerzo, pero lo de Milán ha ido todavía más lejos. Escucha. **(Lee en el periódico.)** «Hubo varios momentos muy emotivos. Para quienes conocimos a la Arciani en sus días de gloria, fue maravilloso volverla a escuchar en el aria de Dalila del primer acto, *Printemps qui commence*, pero a continuación vino Carolina Arciani, la hija que muy pronto será como la madre, y cantó el aria del tercer acto, *Mon coeur s'ouvre à ta voix*. Nos estaban diciendo que hay un arte que no muere nunca porque hay quien está dispuesto a morir y a vivir por él...»

ÓSCAR BOBESCO.- Morir por él...

ELENA.- ¡Y a vivir, Óscar, a vivir! ¡Aquí lo dice bien claro! Morir y vivir... ¿no es eso el secreto del arte?

ÓSCAR BOBESCO.- **(La mira, aunque esquivo. Hay algo que acaba de comprender.)** Y tú no te has retirado nunca, ¿verdad?

ELENA.- Un artista nunca se retira. Ni los cantantes, ni los instrumentistas, ni los actores. Nadie se retira del reconocimiento artístico, y menos yo, que... **(Se detiene.)**

ÓSCAR BOBESCO.- **(Comprensivo, pero desolado.)** No te avergüences. Tú, menos aún, que veinte años después sigues siendo la Arciani...

ELENA.- ¿Qué quieres? ¿Que me niegue este consuelo final?

(Amargura y piedad de ÓSCAR BOBESCO.)

Final, sí, porque me queda poco tiempo. En cambio, a ella... **(Con vehemencia.)** He sentido celos de mi hija, y al mismo tiempo deseo que me supere, que sea más de lo que yo he sido. Es mi hija. Y también tuya, no lo olvides.

ÓSCAR BOBESCO.- No lo olvido. No pienso en otra cosa desde que me lo dijiste. Júrame que Carolina nunca lo sabrá.

ELENA.- ¿Olvidas que soy yo quien no quiere que lo sepa? **(Se recupera, incluso se permite alguna chanza.)** Pero qué cambiaría. Un padre es tan bueno como otro. Lo que cuentan son las madres. No, no diré nada. Que conste que lo hago por ella. Ha jugueteado con la idea de que fueras su padre, pero nada más lejos de su convicción. Es esa maldita publicidad lo que la obsesiona, no confía en que basten sus cualidades para imponerse como cantante.

ÓSCAR BOBESCO.- Tal vez tenga sus razones. Vivimos unos tiempos en los que los valores genuinos no son garantía de nada.

ELENA.- Eso ha pasado siempre, Óscar querido. Quizá ahora todo sea un poco más confuso. Si eres bueno, te contaré... Sí, es Elena Arciani quien quería volver. Fui yo quien consiguió a Mademoiselle Legrand, no Carolina. Así escribí mis *Memorias*. No esperaba que Carolina me propusiera lanzarla. Creí que sus lecciones de canto eran un entretenimiento. Ahora se ha liado todo tanto... Estoy cansada, Óscar. Más que cansada. *Ich bin müde... Ich bin müde.* Pero no debería importarme. He vuelto a ser la Arciani.

(Nuestra atención se centra ahora, unos instantes, en CAROLINA y MADEMOISELLE LEGRAND. ELENA y ÓSCAR BOBESCO permanecen visibles.)

CAROLINA.- Tengo algo que contarle. Quizá le interese saber que estoy embarazada.

MADemoISELLE LEGRAND.- **(Disimula que la noticia le ha sorprendido.)** ¿Qué tiene eso de interesante?

CAROLINA.- Pensé que podría serlo para su libro.

MADemoISELLE LEGRAND.- Para el libro de su madre carece de interés. Y le quitaría protagonismo a la diva. Si usted triunfa un día, será un libro distinto. Cuente conmigo para escribirlo.

CAROLINA.- **(Apenas reprime su ira.)** Cuando se escriba ese libro, no será con usted con quien yo cuente.

MADemoiselle LeGrand.- No se ponga así, acaso estemos condenadas a entendernos. Es lista y tiene talento. Como yo. Pero usted es joven. Hágase con el presente y haré lo que pueda por su futuro.

CAROLINA.- Ya intento hacerme con el presente. Me aprovecho de mamá, y no de manera inconsciente.

MADemoiselle LeGrand.- Hace bien. ¿O sería mejor que otra cualquiera se apoderase de un futuro que a usted le corresponde?

CAROLINA.- Mamá está demasiado ocupada con su pasado. ¿Qué puedo hacer yo, sino quedarme con lo demás?

MADemoiselle LeGrand.- Muy razonable, Fräulein Welfing. **(Una pausa. Sonríe. Con intención.)** El padre es Tucek, ¿verdad?

CAROLINA.- **(Sorprendida.)** Tucek... Claro, ¿quién, si no?

(Ha aceptado la idea, no se le había ocurrido antes. Volvemos a ÓSCAR BOBESCO y ELENA. Ella se ha tendido. ÓSCAR BOBESCO va a retirarse.)

ÓSCAR BOBESCO.- Ahora, descansa. Lo del otro día fue excesivo para todos nosotros... Sobre todo para ti.

(ELENA cierra los ojos. ÓSCAR BOBESCO se retira con delicadeza, con la comprensión de quienes han sufrido y sobrevivido, tan distinta a la de los aniquilados por el dolor.)

Ahora tendría que hablar con... con nuestra hija. Pero creo que no lo haré. No voy a atreverme. No por ella, no por mí. No voy a atreverme, sobre todo, por ti.

(Durante estas palabras, pronunciadas a media voz, CAROLINA ha cambiado de compañía en el otro punto del escenario. Ahora está con ella VANUCCI, locuaz, atrevido y artero. Toman cócteles. ÓSCAR BOBESCO sale. Permanece en escena el cuerpo somnoliento de ELENA ARCIANI.)

VANUCCI.- No sé qué deseo más, si hacer preguntas indiscretas o besar esa boca de la que sale algo más que una bella voz.

CAROLINA.- (No está dispuesta a entregar así como así lo que él ansía, aunque esté interesada.) Me emborrachas para que hable.

VANUCCI.- Será porque tienes algo que contar.

CAROLINA.- O porque sabes cosas que yo sé mejor.

VANUCCI.- Creo que vamos a entendernos.

CAROLINA.- Pensándolo bien, creo que vamos a besarnos.

VANUCCI.- ¿Antes o después de hablar?

CAROLINA.- Lino, eres tú quien habla demasiado.

VANUCCI.- No necesitas invitarme dos veces.

(Se levanta, impulsivo, arrogante, algo rufianesco. Se besan.)

CAROLINA.- (Falso éxtasis. Pero no finge, sino que remeda. Él no sabe todavía si está encantada o es un juego.) No estropeemos este momento con palabras. Llámame mañana.

(Le hace una carantoña. Sale inmediatamente. VANUCCI, desconcertado, la sigue. ELENA se despereza, inquieta, alarmada.)

ELENA.- ¡Hans! (**Jadea.**) Hans, te juro que te he visto como si estuvieras ahí delante. (**Suspira.**) Me gustaría que volvieras, a pesar de todo. Este corazón ya no goza de tus buenos cuidados. Tú no permitirías lo que está pasando... (**Se levanta. Se recupera. Sonríe.**) Dime, ¿qué pensarías si me volviera a casar? Con él, el de siempre. El amor de mi vida. (**Como si respondiera a una pregunta.**) Claro que sí, creo que él es el padre de Carolina, pero no lo puedo asegurar. (**Muy razonable, pero con ironía.**) En realidad, no te engañé a ti con él. Le engañé, le defraudé a él. Cuando le abandoné debió de pensar: soy un loco, un soñador. Se ha ido con un hombre sólido, todo un hombre. ¿Cómo no va a preferir al doctor Hans Welfing en lugar de un pobre pianista? Él es así. No autocrítico, sino que se castiga. Debe ser cosa de su tierra. La gente así es vulnerable. Creen merecer los castigos. Debió de tomarlo como un castigo. (**Abandona la reflexión y vuelve a sonreír como al «consultar» con HANS un nuevo futuro.**) ¿Qué te parece? ¿Y si me volviera a casar otra vez?

(Oscuro.)

Cuadro X

CAROLINA, sola, ante el espejo. Llaman a la puerta.

CAROLINA.- Adelante.

(Entra TUCEK.)

Ah, eres tú...

TUCEK.- (Con triste ironía.) ¿Decepcionada?

CAROLINA.- (Fastidiada.) ¡Qué pesado eres, Giorgio!

TUCEK.- Habíamos quedado en hablar después del ensayo.

CAROLINA.- Y me vas a decir que ese aria no me sale.

TUCEK.- Ese aria está a punto, basta un poco de esfuerzo...

CAROLINA.- De voluntad, sí. Me lo sé de memoria.

TUCEK.- Podríamos trabajar esta tarde.

CAROLINA.- Ni pensarlo.

TUCEK.- La carrera es tuya, tú verás lo que haces con ella.

CAROLINA.- **(Irritada.)** ¡La carrera no es mía! Es nuestra. Tuya y mía.

(TUCEK calla. No comprende. De pronto, ella se dulcifica, ha pensado, ha recordado algo.)

Haremos ese ensayo. Además, tengo que hablarte en serio... No ahora. Espero a Vanucci. Es importante.

TUCEK.- Ése no quiere entrevistas. Quiere otra cosa.

CAROLINA.- Lo quiere, pero no lo tendrá.

TUCEK.- ¿Piensas ser astuta con él?

CAROLINA.- No sólo con él. Ahora vete, está al llegar.

TUCEK.- Y no le gustará verte conmigo.

CAROLINA.- No le importa. Sólo pretende un intercambio. Así que dejame en paz. **(Pero reprime su enojo. Dulce.)** Espérame en tu habitación, te llamaré en cuanto se vaya. Cosa de unos minutos.

TUCEK.- ¿Sólo va a durar unos minutos la entrevista?

CAROLINA.- La entrevista está hecha ya. Viene a corregirla.

(Suena el teléfono. Descuelga CAROLINA.)

Carolina Arciani. [...] Sí, que suba, por favor. **(Cuelga.)** Está abajo, haz el favor de irte.

TUCEK.- (Se permite una ironía.) Cosa de minutos.

CAROLINA.- (Disimula su irritación.) Cosa de minutos.

(TUCEK va a retirarse, pero ella le detiene.)

Giorgio, espera...

(Se detiene ante TUCEK. Y se arroja en sus brazos.)

¡Giorgio...!

(Se besan.)

¡Giorgio!

TUCEK.- ¡Carolina!

CAROLINA.- (Con patetismo que puede pasar por súplica sincera.) Confía en mí... Te lo ruego... ¿Podrás?

TUCEK.- (Sorprendido, y vencido también.) No deseo otra cosa.

CAROLINA.- Voy a necesitar alguien fuerte y bueno. Vete, por favor. **(Le acompaña hasta la puerta. Vacila.)** Lo he pensado mejor. Creo que deberías llamar tú. Dentro de... de veinte minutos. Por si se pone pesado y no hay manera de desembarazarse de él.

(Le da otro beso, fugaz, prometedor. Vase TUCEK, encendido. Sola, se apresura al espejo. Quiere estar más guapa aún. Al fin, llaman a la puerta.)

Adelante!

(Entra VANUCCI. Ella va a levantarse.)

VANUCCI.- ¡No! Quédate así. Con tu majestad, con esa belleza que es mezcla del Mediterráneo y las brumas germánicas. Veo una diva en el momento de emprender el vuelo hacia el Olimpo para quedarse a vivir allí. Yo la vi, les diré a todos, yo comprendí que la segunda Arciani volaría aún más alto que la primera.

CAROLINA.- (Pero se levanta.) ¿Todo eso no es pura lisonja?

VANUCCI.- Es amor.

CAROLINA.- Entonces, no tiene mérito. El amor nos ciega.

VANUCCI.- No en este caso. Amarte era inevitable. No se puede ir con dioses sin temerlos o sin amarlos. ¿Prefieres que te tema?

CAROLINA.- Los dioses también son vulnerables. ¿Tú crees que los dioses aman?

VANUCCI.- Parece que se dan casos. ¿Tú no me amas un poquito?

CAROLINA.- Aunque diosa, pertenezco al género femenino. Y sería imprudente confesar que sí.

VANUCCI.- Deberías descender del cielo siquiera un momento.

CAROLINA.- ¿Para qué?

VANUCCI.- Para venir a mis brazos.

(VANUCCI se ha acercado a CAROLINA tanto que ella no ha de hacer gran esfuerzo para echarse en sus brazos.)

CAROLINA.- ¡Lino!

(Se besan.)

VANUCCI.- Creo que deberíamos cerrar la puerta.

CAROLINA.- (**Finge turbación.**) Todavía no... Soy virgen...

VANUCCI.- No es inconveniente. Has dado con el hombre adecuado.

(Estupor de CAROLINA.)

No hay nada peor para una mujer que iniciarse en el amor con alguien torpe, o estúpido, o fatuo. He conocido casos lamentables. Conmigo será de otro modo.

CAROLINA.- No puedo, Lino... Otro día. Lo lamento, pero...

VANUCCI.- ¿No estarás jugando conmigo?

CAROLINA.- (**Parece realmente afligida.**) ¡No, Lino, no digas eso, te lo ruego! (**Gimotea.**) Comprendeme. (**Le abraza, le toma de las solapas, como con desesperación.**) Bésame, Lino, bésame.

(Se besan. Con ingenuidad, con dulzura.)

¿Aún crees que juego contigo?

VANUCCI.- (**Sorprendido.**) No. Esto no se puede fingir.

CAROLINA.- (**Se abraza a él.**) Lino, mi amor... Estoy nerviosa.

VANUCCI.- Mi gran artista, mi alemana preferida, mitad Lola Montes, mitad Marlene Dietrich...

CAROLINA.- Hay algo que me abrume. Tengo que contárselo a alguien. **(En guardia.)** No, a ti precisamente no puedo contártelo.

VANUCCI.- ¿Qué te preocupa? No quiero secretos entre nosotros.

CAROLINA.- Júrame que no lo pondrás en tu periódico.

VANUCCI.- Te lo juro.

CAROLINA.- ¿Qué sentirías si te enteraras de pronto que tu padre no es tu padre... que tu padre era otra persona?

(Asombro de VANUCCI.)

Jura que lo que voy a decirte no saldrá de estas paredes.

VANUCCI.- Lo juro.

(Ella vacila.)

Pequeña, siéntate. Estoy aquí para quererte, para protegerte, para anunciar el reino de la gran diva. ¿Va a poder el periodista con el enamorado?

CAROLINA.- No, no lo creo. Sé que eres un hombre cabal, un hombre honrado. Tú me quieres, ¿verdad? Lo has dicho.

VANUCCI.- Te quiero como no he querido nunca.

CAROLINA.- Lino, me siento mal. Como si traicionara a alguien. A mi madre... Mi pobre madre...

VANUCCI.- Calmate, amor mío. ¿Quieres algo de beber?

CAROLINA.- No, por favor, necesito tener las ideas claras.

VANUCCI.- **(Intenta que no sea evidente su curiosidad.)** Vida mía, vacía tu corazón. Si hablas, te sentirás mejor.

CAROLINA.- (Parece al borde las lágrimas.) ¡No, no! He ido demasiado lejos. No puedo hablar... Vete, Lino. Mañana, tal vez...

VANUCCI.- (Juega otra baza.) Sí, tal vez será mejor que me vaya. Pero si me voy, tal vez no vuelva. **(Se levanta.)**

CAROLINA.- (Asustada.) ¿Qué haces?

VANUCCI.- Me marchó. ¿No es eso lo que has pedido? No confías en mí. No me das tu amor, no me das tu sinceridad. ¿Qué puedo hacer sino marcharme? Para siempre. No nos volveremos a ver.

CAROLINA.- (Alterada.) ¡Lino! **(Se abalanza sobre él. Le abraza con desesperación.)** ¡Lino, amor mío, no me dejes! Si tú me dejas ya nada tiene sentido para mí. Quedate. Tengo que hablarte, contarte algo que me atormenta, que me va a matar... **(Sollozos.)**

VANUCCI.- (Considera ganada al menos esa partida.) Calma, mi amor. No quería irme. Me habría muerto al salir por esa puerta.

CAROLINA.- (Se separa de él, pero se queda cerca. Le mira con gravedad, como quien va a decir algo trascendente.) Lino... Hans Welfing no fue mi padre... Mi verdadero padre es Óscar Bobesco... Yo no lo sabía. Me he enterado ahora, cuando hemos hecho el recital con él. Lo contaron como lo más natural del mundo...

VANUCCI.- (Contenido júbilo.) ¿Estás segura de lo que dices?

CAROLINA.- Ojalá no lo estuviera. ¿No lo comprendes? El hombre al que llamé padre hasta su muerte era un extraño. Y de repente encuentro a mi verdadero padre, ese pobre hombre... Yo adoraba a Hans Welfing, fue un verdadero padre para mí. Era extraordinario, todo el mundo lo decía. Bobesco es atractivo, pero no es Hans... Por algo mi madre prefirió a Hans... ¡Dios! ¿Te das cuenta? Hablo de él como de un tal Hans, ya no podré decir nunca más «mi padre».

VANUCCI.- Calma, amor mío. Ahora mismo vamos a dar un paseo.

CAROLINA.- No puedo, no puedo... Tengo un ensayo.

VANUCCI.- ¿Y vas a ensayar en ese estado?

CAROLINA.- Ahora... ahora estoy mucho mejor. He hablado contigo, con el hombre que amo. Es nuestro secreto.

VANUCCI.- ¿Nuestro... secreto? Claro, claro que sí.

(Suena el teléfono.)

CAROLINA.- ¡Es ese pelmazo de Tucek!

VANUCCI.- No respondas.

CAROLINA.- Tengo que hacerlo... **(Descuelga.)** Carolina Welfing. [...] **(Resignada, con un suspiro.)** Sí, Giorgio, estoy lista. Puedes subir cuando quieras. [...] ¿Sola? ¡Claro que estoy sola! **(Cuelga con brusquedad. A VANUCCI.)** Y ahora, vete, por favor. Le va a faltar tiempo para subir. No quiero que te vea.

VANUCCI.- ¿Por qué?

CAROLINA.- Sabes muy bien por qué. No quiero hacerle daño.

VANUCCI.- Amor mío...

(Se besan.)

CAROLINA.- ¿Me llamarás mañana?

VANUCCI.- Claro que sí. **(Disimula cierta intención.)** Y, si no, me llamarás tú a mí.

(La besa de nuevo y sale. CAROLINA se queda sola. Mira hacia el lugar por donde ha salido VANUCCI y, de repente, ríe.)

CAROLINA.- Lino Vanucci, ridículo personaje... **(Remeda, burlona.)** «No hay nada peor que hacer el amor por primera vez con alguien torpe, o estúpido, o fatuo».

(Ríe, ríe. Toques en la puerta. Repentinamente seria.)

Adelante.

(Entra TUCEK. Lanza un suspiro.)

Por fin, Giorgio... Estoy muy nerviosa. Estaba con ese imbécil y no pensaba más que en ti. Tengo algo que decirte, pero...

TUCEK.- ¿Qué necesidad tenías de decirme que estabas sola?

CAROLINA.- Eso son cosas mías, mis mañas. Ahora, ven aquí.

(TUCEK llega hasta ella. CAROLINA le abraza. Se besan.)

Voy a decirte lo mismo que tú me has dicho ya muchas veces.

TUCEK.- **(Enardecido, no da crédito.)** ¿A qué te refieres?

CAROLINA.- Bésame, tonto.

(Se besan.)

No vamos a ir a ningún ensayo, ¿sabes? Hay tiempo para eso. Echa el pestillo. Te voy a decir algo que he meditado mucho. Pero te lo voy a decir sin palabras. Sólo con amor. Esta noche duermes aquí. Conmigo.

(Estupor de TUCEK.)

No pongas esa cara, cualquiera diría que te obligo. Escucha, Jirí, Giorgio mío, tenemos que tomar precauciones, quedarme embarazada ahora sería dramático.

(Siguen abrazados. Oscuro)

Cuadro XI

Los seis personajes se encuentran cara al público, al que se dirigen. Cada uno lleva un ejemplar del mismo periódico italiano.

ELENA.- (Iracunda. A gritos. Agita el periódico.) ¡Quién ha sido el miserable que ha escrito esta infamia! ¡Óscar! ¡Óscar!

MADemoiselle Legrand.- Se ha excedido usted, Fräulein Welfing.

CAROLINA.- ¿Yo...? ¿Qué tengo que ver yo con ese bulo?

TUCEK.- ¿Cómo ha podido suceder...? ¡Es deleznable!

ÓSCAR BOBESCO.- (Tenso, pero dominándose. Como si leyera aquella crónica por enésima vez.) *El secreto de la Arciani. Milán, día 30. Después del recital de Las Arciani en la Scala, etc., etc.* «Bobesco no es sólo acompañante ideal de ambas cantantes, sino también el verdadero padre de la joven Carolina y antiguo amante de la gran diva. Un padre amantísimo que pone su arte a disposición de una hija cuya carrera puede dejar pequeña la de su madre».

ELENA.- «¡Dejar pequeña la de su madre...!»

MADemoiselle Legrand.- Ha ido demasiado lejos. Elena está enferma.

VANUCCI.- (Ufano. Con el periódico en la mano, pero sin leerlo.) «Quien estuviera en el secreto hubiera disfrutado especialmente del recital. Veíamos una madre y una hija, más un acompañante que un día tuvo relieve y hoy está olvidado. Las dos Arciani y Óscar Bobesco. Más he aquí que la realidad es que Bobesco no es sólo el acompañante ideal de ambas cantantes, sino también el verdadero padre de la joven Carolina y antiguo amante de la gran diva. Un padre amantísimo que pone su arte a disposición de una hija cuya carrera puede dejar pequeña la de su madre ¿Supo Hans Welfing alguna vez que aquella preciosa niña no era hija suya? ¿Supo quién era el verdadero padre? ¿Hablaron alguna vez Hans y Elena Welfing de tan delicado asunto? Poco puede importarnos ahora esa historia. Lo que interesa es lo que el público podrá apreciar gracias a la primicia que les brinda nuestro periódico».

ÓSCAR BOBESCO.- ¡Carolina, esto es cosa tuya, deberías avergonzarte!

CAROLINA.- ¡No le consiento que me hable en ese tono! ¿O es que cree de veras que es mi padre para regañarme?

ÓSCAR BOBESCO.- ¡Con esto vas a hacer mucho daño a tu madre!

CAROLINA.- (Grita, exasperada.) ¡Bobesco, cálese y deje de hacer el ridículo! Esa noticia le pone a usted muy por encima de lo que vale. Adelante, pregone por ahí que tuvo relaciones sexuales con la joven Carolina Welfing. ¿Hay nada más inverosímil?

ÓSCAR BOBESCO.- (En un grito.) ¡No!

TUCEK.- Sí, conozco al autor del reportaje. Lino Vanucci. Maestro, voy a buscar a ese tipo y va a pagar por lo que ha hecho.

ELENA.- Óscar, alguien tiene que conservar la calma. Carolina ha caído en una depresión...

MADemoiselle LeGrand.- Carolina es una gran actriz.

ELENA.- Me siento muy mal. El médico dice que no resistiré otra igual. Óscar, eres el único que puede arreglarlo. Tucek quiere matar a Vanucci. Pobre Giorgio, es capaz de cualquier cosa por nosotras. No puede ser que Carolina... Hija mía, dime la verdad.

CAROLINA.- No puedo más, mamá. Nuestro buen nombre por los suelos. Alguien le tiene que dar su merecido. Giorgio tiene razón.

ELENA.- He hablado con Óscar, y dice que...

CAROLINA.- (**Interrupción violenta.**) ¡Basta! No quiero oír pronunciar el nombre de ese pianista mediocre al que se le concede duda de paternidad sobre mí. ¡Cuánto honor! Ser hija de un infeliz.

ELENA.- ¡Elena, te prohíbo...!

CAROLINA.- Giorgio, búscale y dale una paliza que no olvide.

ÓSCAR BOBESCO.- Giorgio, tiene que saberlo. Carolina quiere publicidad morbosa y contó cualquier cosa que se le ocurrió. Ya tiene esa publicidad y puede hacerse la mártir. El honor perdido de la pura Carolina Arciani. Para recuperarlo envía las manospreciadas de un gran pianista a romperse contra la cara de un indeseable...

CAROLINA.- ¿Vas a creerle a él? ¿De veras crees que yo sería capaz de contar un embuste así? Fue muy distinto. Vanucci me hizo proposiciones y me negué. Ese reportaje es una venganza.

VANUCCI.- ¿Será posible? La muy puta ahora lo niega todo.

MADemoiselle LeGrand.- ¿Llevaba magnetófono, alguna pequeña grabadora?

CAROLINA.- Da usted por supuesto que yo conté ese chisme.

MADemoiselle LeGrand.- Conmigo no tiene que disimular. Usted lo dijo, y punto. Ahora hay que repararlo. Le ofrezco hundir a Vanucci.

VANUCCI.- Idiota de mí. No he podido grabar ni una sola palabra. Me he fiado. Me he comportado como un escolar ingenuo.

MADemoiselle LeGrand.- (A ELENA.) Frau Welfing, le prometo a usted que haré todo lo que esté en mi mano para averiguar lo que ha sucedido.

(MADemoiselle LeGrand se retira a otro punto del escenario. El grupo empieza a desperdigarse.)

TUCEK.- Este reportaje es repugnante. Y, además, es mentira. (Se retira a otro punto del escenario.)

CAROLINA.- Giorgio, tienes que darle su merecido. Quién sabe. Así, la noticia será todavía más comentada. (Se retira.)

ÓSCAR BOBESCO.- Tucek, la verdad es peor que una mentira periodística.

ELENA.- Óscar, me siento mal. Ayúdame.

ÓSCAR BOBESCO.- (Ayuda a ELENA. La lleva hasta un asiento.) ¡Elena!

ELENA.- (Con evidentes signos de ansiedad.) Óscar... Yo también creo que la culpa es de Carolina. Ese reportaje es un canto a mi hija. Como artista, como intérprete. Su carrera eclipsará la de su madre, dice ese mentecato. Pero nadie tiene que saberlo. Prométeme que no le dirás a nadie... ¡Ay!

CAROLINA.- Mamá, tengo que hablar contigo. (Va hacia el punto donde se encuentran ELENA y ÓSCAR BOBESCO.)

VANUCCI.- Me temo que esto exige una buena explicación.

(Era el último del grupo cara al público. Al dejar su puesto, se encuentra de cara con TUCEK.)

Tucek, celebro verle. Tengo que hablar con Carolina.

TUCEK.- (Tenso.) Yo también celebro verle. ¡Miserable!

CAROLINA.- (A ELENA.) Mamá, ¿es que una hija no puede ver a su madre sin que esté presente un extraño?

ELENA.- Óscar no es un extraño.

ÓSCAR BOBESCO.- Fräulein Welfing, le ruego me disculpe. He traído a su madre a la habitación, no se sentía bien. En seguida me retiro.

CAROLINA.- Hasta la vista, Monsieur Bobesco.

ÓSCAR BOBESCO.- Voy a la cafetería, Elena. Si me necesitas...

CAROLINA.- Si se empeña, mi madre le necesitará. Pero yo sé lo que le hace falta. Le repito: hasta la vista, Monsieur Bobesco.

ELENA.- ¡Basta, Carolina! No puedes tratar así precisamente a Óscar. (A ÓSCAR BOBESCO.) Voy a hablar con Carolina muy en serio. Te ruego que estés localizable en los próximos minutos.

ÓSCAR BOBESCO.- (Con ironía, pero también con amargura.) Hasta la vista, Fräulein Welfing. (Sale. Enseguida se incorpora al grupo formado por TUCEK y VANUCCI.)

CAROLINA.- ¿Por qué me vas a hablar «muy en serio»?

ELENA.- Sabes muy bien por qué.

MADemoiselle LeGrand.- (Al teléfono.) La noticia es completamente falsa. Tengo el testimonio de la propia Carolina Arciani, que ha sufrido el acoso de ese tal Vanucci. Está dispuesta, como lo está su madre, a llevar el caso a los tribunales. Publicadlo así como adelanto. Dentro de dos horas tendré una entrevista con las dos.

TUCEK.- (A VANUCCI, ante ÓSCAR BOBESCO.) Voy a partirle la cara.

VANUCCI.- ¡Ah, vaya! El buen salvaje, y además ofendido. ¿Defiende la honra de su dama o sólo la suya propia?

TUCEK.- Eso lo averiguaremos pronto.

(Abofetea a VANUCCI, con una potencia inesperada por éste. VANUCCI cae al suelo.)

Levántese.

ÓSCAR BOBESCO.- (Sujetando a TUCEK.) ¡Basta, Tucek!

VANUCCI.- (Rabioso, humillado.) Lo pagarás caro, paleta.

MADemoiselle LeGrand.- (Ha dejado de hablar por teléfono y también se ha incorporado al grupo.) Colega, empiezan a darte tu merecido.

VANUCCI.- (Se recompone.) ¿También tú estás metida en esto?

MADemoiselle LeGrand.- En esto, el único que está metido es usted. Y, se lo advierto, es la última vez que me tutea.

ELENA.- (A CAROLINA. Grita.) ¡Basta, basta! ¡Sólo te pido una cosa! ¡Jura que tú no has tenido nada que ver con esa noticia!

CAROLINA.- ¿Te has vuelto loca?

ELENA.- ¡Júralo!

CAROLINA.- Papá y tú me enseñasteis que está muy feo jurar. Si no te fías de mí, quédate con la duda. Veo que Bobesco puede más que yo. Significo para ti menos que ese pianista fracasado.

ELENA.- (Intenta incorporarse.) ¡Carolina! ¡Tú no sabes quién es ese que llamas pianista fracasado!

CAROLINA.- (Consigue dominarse, para así dominar mejor. Con sarcasmo.) ¿No irás a decir tú también que es mi padre...?

ELENA.- ¡Carolina...! (Sufre un ataque. Se ahoga.) ¡El frasco! ¡El frasco!

CAROLINA.- (Se descompone su autodomnio.) ¿Dónde...?

(En medio de las quejas de su madre, CAROLINA busca, confusa, trastornada, y al fin encuentra el frasco. Se lo acerca a ELENA, lo abre, y la enferma traga un pequeño sorbo. Remite el amago de infarto. Silencio. CAROLINA se vuelve hacia MADEMOISELLE LEGRAND.)

MADemoiselle LEGRAND.- Actuó usted con rapidez. Según el médico, fue decisiva su actuación. Espero que su madre tenga más de un frasco.

CAROLINA.- (Afectada por lo que acaba de suceder. Algo sonámbula.) Sí, tiene dos o tres. Yo tengo otro. Inevitablemente, Bobesco tiene otro más en su habitación...

MADemoiselle LEGRAND.- Caramba. Veo muy negro el porvenir de Monsieur Bobesco. Al menos por lo que a usted le concierne.

CAROLINA.- (Recuperada.) ¿Y el porvenir de Vanucci?

MADemoiselle LEGRAND.- El de ése es peor todavía. He hablado con mi periódico. Vamos a actuar. Puede usted contar conmigo. Pero la próxima vez deberá ser más prudente.

(CAROLINA reacciona, pero MADEMOISELLE LEGRAND se adelanta. Con autoridad, pero con la intención de tranquilizarla.)

Ya le he dicho que estoy de su parte. Lo podrá comprobar pronto. Me interesa usted. Lo que haya que hacer por su carrera lo haré yo mejor que cualquier insolente. Publicamos la noticia del ataque de Frau Welfing. A continuación, demanda a Vanucci. Significará más publicidad y, sin duda, bastante dinero. **(Silencio. LEGRAND, pese a la seguridad con que ha pronunciado estas palabras, está pendiente de una reacción de CAROLINA.)**

CAROLINA.- ¿Cree usted de veras que mi madre hubiera muerto si yo no me doy prisa en traer el frasco?

(LEGRAND mira a CAROLINA, sin expresión. Al fondo, congelados, como los dejamos antes, forman grupo ÓSCAR BOBESCO, TUCEK y VANUCCI. Oscuro.)

Cuadro XII

La pausa será más dilatada. Ha transcurrido algo menos de un mes. Vemos a un lado a CAROLINA y a MADEMOISELLE LEGRAND. En otro punto, a ELENA. Está en su habitación, sola, con gesto preocupado.

MADemoISELLE LEGRAND.- No tienes por qué preocuparte. Tu madre no sabe nada de la querrela. Es cosa nuestra.

CAROLINA.- Entonces, ¿por qué me llama?

MADemoISELLE LEGRAND.- (Burlona.) Para presentaros en sociedad. Vamos allá, y saldrás de dudas.

CAROLINA.- Por si acaso, Giorgio se ha adelantado.

MADemoISELLE LEGRAND.- Mejor. Te allanará el terreno.

(Mientras ellas se dirigen a la habitación de ELENA, alguien llama a la puerta de ésta.)

ELENA.- Adelante.

(Entra ÓSCAR BOBESCO. Trae un periódico.)

ÓSCAR BOBESCO.- (Radiante.) Supongo que lo has leído.

ELENA.- Por fin llegas. Lo he leído, pero ahora tengo cosas más importantes que comunicarte.

ÓSCAR BOBESCO.- ¿Sucedó algo?

ELENA.- Me encuentro perfectamente. Aquello no se va a repetir. Y esto otro no es nada que no ocurra todos los días y en las mejores familias, aunque creamos que sólo le pasa a los demás.

ÓSCAR BOBESCO.- ¿A qué te refieres?

ELENA.- Una tontería, pero que puede tener consecuencias en la carrera de Carolina. La niña está embarazada.

(ÓSCAR BOBESCO queda abrumado.)

Se lo tenían muy callado, aunque en los últimos tiempos ya había visto que ella le hacía caso por fin. Esto no puedo decírselo a nadie, pero vamos a ser abuelos. Tú y yo.

(Silencio de ÓSCAR BOBESCO.)

Espero que no lo tomes a la tremenda, y te pido que no te comportes ahora como un padre. Pero ¿se puede saber qué te pasa?

ÓSCAR BOBESCO.- (Está consternado.) Es la emoción...

ELENA.- Pues no pareces muy contento.

ÓSCAR BOBESCO.- (En un susurro.) ¡Es monstruoso!
(Alto.) Venía a enseñarte esto.

ELENA.- ¿Ves? Temías la crítica de Roma, y en Roma nos tratan todavía mejor que en Milán. Pero eso no tiene importancia ahora. Lo que importa es que Carolina y Giorgio se quieren, según me ha confesado ella misma, y que tenemos boda en puertas. Vivimos tiempos muy permisivos, pero las cosas hay que hacerlas bien.

ÓSCAR BOBESCO.- (No sale de su asombro.) De modo, que Tucek...

ELENA.- Claro que se trata de Tucek. Mientras tú nos acompañabas en estos recitales, ellos se entendían de maravilla.

(Nueva llamada a la puerta.)

Es ella. Pregunta lo que quieras. Pero disimula tu amor de padre. Después de todo, es reciente. ¡Adelante!

(Entra TUCEK.)

TUCEK.- Buenos días, Frau Welfing. He venido tan pronto como me ha sido posible.

ELENA.- Qué educado eres, Giorgio. Ven, Óscar lo sabe todo. Y parece bastante sorprendido.

TUCEK.- Monsieur Bobesco, no sé qué decir.

ÓSCAR BOBESCO.- Yo tampoco, Tucek.

ELENA.- Jirí, ven a mis brazos. Debería darte un buen tirón de orejas. Siempre me fié de ti, y mira por dónde sales. Serás un buen marido, aunque también seas un gran artista. Ojalá Carolina esté a la altura. Podríais haber esperado un poco. ¿Qué vamos a hacer con los recitales de dentro de siete meses?

TUCEK.- Mademoiselle Legrand dice que va a ser muy emotivo verla cantar... así.

ELENA.- ¿Cómo? ¿Ya lo sabe Mademoiselle Legrand? Creí que no se llevaban bien.

ÓSCAR BOBESCO.- Desde lo de Vanucci son uña y carne.

ELENA.- Óscar, te ruego que no vuelvas a mencionar en mi presencia a ese facineroso. Nunca ha habido un disgusto entre Carolina y yo, siempre hemos sido ejemplares como madre e hija, y vamos a tener nuestra única disputa por culpa de ese tipo.

(Llaman a la puerta.)

Bien, bien, ya estamos todos. Adelante.

(Entran CAROLINA y MADEMOISELLE LEGRAND. La primera reacciona ante la presencia de ÓSCAR BOBESCO.)

Todos, y alguien más, por lo que veo.

MADemoiselle LEGRAND.- Buenos días, Frau Welfing.

ELENA.- No se quejará usted, está al corriente de todo.

MADemoiselle LEGRAND.- Mi buena amiga Carolina ha tenido a bien informarme. Es un detalle que le agradezco.

ELENA.- No me sorprendería que usted lo supiese antes que yo.

CAROLINA.- (Sombría.) A Jacqueline le conté mis temores, lo mismo que a Giorgio. A ti te di la noticia. ¿No te parece normal?

ELENA.- (No disimula su decepción.) Claro. Ahora dejadme, tengo algo que hablar con Giorgio. **(A ÓSCAR BOBESCO.)** ¿No te importa?

CAROLINA.- ¿Para eso nos has hecho venir, mamá?

ELENA.- Ah, qué cabeza la mía. Quería que Óscar tuviera la oportunidad de felicitarte.

CAROLINA.- ¿Le vas a obligar a ello?

ÓSCAR BOBESCO.- No necesita obligarme. **(Sombrío.)** La felicito, Fräulein Welfing. Seguro que ese niño será tan bello como su madre.

CAROLINA.- (Desafiante.) Y como su padre.

(Consternación de ÓSCAR BOBESCO.)

¿O es que Giorgio no es también muy bello? Más que yo.

ELENA.- (Toma a ÓSCAR BOBESCO del brazo. Sin que la escuchen los demás.) Será mejor que esperes abajo. Terminó con Giorgio y vamos a dar un paseo por los Foros, ¿de acuerdo?

ÓSCAR BOBESCO.- Como quieras. (A los demás.) Discúlpeme. Hoy es día libre, por una vez. Mañana, a la hora de siempre, en el Argentina.

(Los demás no responden. Hay cierto embarazo en TUCEK, mas también en CAROLINA, que lo encubre con su poco de descaro. LEGRAND ha seguido las últimas réplicas con interés. Vase ÓSCAR BOBESCO.)

ELENA.- Hay que comprenderle. A Óscar le habría gustado tener hijos. Y ahora voy a hablar con Giorgio. De suegra a yerno.

CAROLINA.- Verdaderamente, no sé qué hemos venido a hacer aquí. La actitud del Monsieur Bobesco no ha sido demasiado amable.

ELENA.- Habrá recibido malas noticias de su Conservatorio, o algo por el estilo. Mañana estará en el ensayo...

CAROLINA.- ¿Y no sería mejor, mamá, que desde ahora nos acompañara sólo Giorgio? Todo quedaría en familia.

ELENA.- Lo discutiremos más tarde. De momento, me dejas a solas con tu futuro esposo.

CAROLINA.- (A TUCEK.) Llámame. Yo también quiero dar un paseo.

(Despedidas. Salen CAROLINA y MADEMOISELLE LEGRAND, que permanecen visibles en otro punto del escenario.)

ELENA.- Querido Giorgio, hay que avisar a tus padres. Me dijiste que viven en Karlovy-Vary, ¿no?

TUCEK.- Sí, muy cerca de la frontera.

MADemoiselle LeGrand.- (Sola, con CAROLINA.) ¿Qué crees que le pasa?

CAROLINA.- ¿A quién te refieres, a Giorgio?

MADemoiselle LeGrand.- No, a Bobesco.

CAROLINA.- ¿Crees que le pasa algo realmente?

MADemoiselle LeGrand.- Yo creo que sí. Y tú también.

(Oscuro.)

Cuadro XIII

CAROLINA y MADemoiselle LeGrand, por una parte. Por otra, Óscar Bobesco y Tucek. Tanto ellas como ellos tienen sendos diarios. En penumbra, ELENA. Ni rastro de VANUCCI.

CAROLINA.- Mamá me tiene muy preocupada.

MADemoiselle LeGrand.- El médico ha dicho que está mejor.

CAROLINA.- Pero no es así. Ha recaído. Es culpa de Bobesco.

MADemoiselle Legrand.- Le odias demasiado.
¿Crees que merece la pena?

CAROLINA.- Tiene demasiada influencia sobre ella.

MADemoiselle Legrand.- Reprime esos celos.
Al fin y al cabo, tú eres su hija, y él ya no es nada. Antes o después, la victoria es tuya.

CAROLINA.- ¿Tengo que pelear por la confianza de mi madre?

MADemoiselle Legrand.- Hay que pelear por todo.

CAROLINA.- ¿Y no será mi madre quien tiene celos? No le importaba que volase un poco, pero no que llegara a desenvolverse sola. Y estoy a punto de conseguirlo.

MADemoiselle Legrand.- En las familias siempre pasa lo mismo. Tengo entendido que las madres quieren lo mejor para sus hijos, pero al mismo tiempo les molesta que se conviertan en personas.

CAROLINA.- (Muestra el periódico.) Por el momento, que no se entere de esto.

MADemoiselle Legrand.- ¿Te ha gustado el artículo?

CAROLINA.- Es feroz. ¿Crees que le echarán del periódico?

MADemoiselle Legrand.- Dalo por hecho.

(Nuestra atención se centra ahora en ÓSCAR BOBESCO y
TUCEK.)

ÓSCAR BOBESCO.- Parece que da resultado la alianza entre Carolina y Mademoiselle Legrand para hundir a Vanucci.

TUCEK.- Él se lo buscó.

ÓSCAR BOBESCO.- (Lee el periódico.) «A estas alturas es evidente que la supuesta noticia es una invención pura y simple. El periodista ha sido incapaz de presentar prueba alguna, ni una cinta, ni unas notas verosímiles, ni siquiera un testigo. Las consecuencias sobre la salud de la gran Arciani han sido fulminantes...»

TUCEK.- Después de todo, no dice más que la verdad.

ÓSCAR BOBESCO.- Tucek, parece usted menos ponderado y generoso que de costumbre. No me fío de ciertas personas ni cuando dicen la verdad.

TUCEK.- Maestro, me duele ver que Carolina y usted se odian. Ella no es como usted cree.

ÓSCAR BOBESCO.- No odio a Carolina. No podría, aunque quisiera...

TUCEK.- (No puede comprender por qué dice aquello ÓSCAR BOBESCO, y no le concede importancia.) Ese artículo ha aparecido en varios diarios de gran tirada. Puede ser el final de ese impostor.

ÓSCAR BOBESCO.- Con tal de que no sea el final de Elena.

TUCEK.- ¿Por qué dice usted eso, maestro? Frau Welfing atraviesa un mal momento. Pero ahora descansará, ahora es Carolina, ella sola, quien dará los recitales.

ÓSCAR BOBESCO.- ¿Sabe Elena que no va a volver a cantar?

TUCEK.- Frau Welfing es la más interesada en guardar reposo.

ÓSCAR BOBESCO.- Algo me dice que las cosas no son así... Tengo que hablar con Elena cuanto antes.

TUCEK.- Ahora está con Carolina.

ÓSCAR BOBESCO.- Y es mejor que Carolina y yo no nos veamos, ¿no?

TUCEK.- No he dicho eso, pero...

(Durante el diálogo anterior, se ha retirado LEGRAND, se ha iluminado el lecho de ELENA, y CAROLINA se ha situado junto a su madre. Al comienzo del siguiente, que en determinado momento cobrará gran velocidad, salen de escena ÓSCAR BOBESCO y TUCEK.)

CAROLINA.- ¿Te sientes mejor?

ELENA.- Debería sentirme mejor. Voy a ser abuela. Ese nieto será hijo de artistas, y probablemente detestará el arte, pero eso no importa. Debería sentirme mejor porque ya eres una gran figura.

CAROLINA.- ¿De veras eso te hace sentir mejor?

ELENA.- Sé lo que insinúas, pero no me importa. Además, hay otra razón para sentirme mejor. Gano algo más que un yerno.

CAROLINA.- Se diría que quien está enamorada de él eres tú.

ELENA.- Y lo estoy, pero conozco mis limitaciones. En fin, hay razones para estar bien, pero aquí dentro hay algo que no funciona.

CAROLINA.- Fue desde aquello... Mamá, te juro que ese tipo lo va a pagar caro muy pronto.

ELENA.- **(Intenta incorporarse.)** Ayúdame. **(Se levanta con ayuda de CAROLINA.)** Quiero hacerte una pregunta.

CAROLINA.- ¿Una de esas preguntas que en realidad son una orden? ¿Por qué no haces esto, por qué no haces lo otro...?

ELENA.- ¿Crees que me conoces muy bien?

CAROLINA.- Creo que conozco bien a la única madre que tengo y con la que llevo viviendo veintidós años.

ELENA.- No te voy a dar consejos para la vida conyugal o sobre educación de los hijos. Te quería preguntar si es cierto que le has dicho a Óscar que ya no nos acompañará nunca.

CAROLINA.- Tenía yo razón.

ELENA.- ¿Qué quieres decir?

CAROLINA.- Me haces una pregunta: ¿no va a tocar más el gran Bobesco? Lo que quiere decir: he decidido que Bobesco nos acompañe como hasta ahora, junto con mi futuro yerno. Es una orden.

ELENA.- ¿Qué tienes contra Óscar?

CAROLINA.- Nada. Es engreído. Se cree un genio, cuando es un fracasado. Resulta patético.

ELENA.- Eso no se le puede achacar a Óscar. Nunca ha sido engreído ni se ha creído un genio. Y, al menos como pianista, no es un fracasado. El talento está muy a menudo oculto dentro de una figura pudorosa que es incapaz de vocear las propias alabanzas que otro no hace en su lugar. Que no te conozcan no es un fracaso. Ya has visto cuando ha tocado en algún lugar importante.

CAROLINA.- Te ha explotado siempre. Todo te lo debe a ti. ¿Cuándo iba a tocar Bobesco en la Scala si no es por la Arciani?

ELENA.- (Con crueldad.) En eso os parecéis, ya ves.

CAROLINA.- (Acusa el golpe.) Dices que amas a Giorgio. ¿No deberías estar enamorada de Bobesco?

ELENA.- Vaya por Dios. Se te han contagiado tus malas compañías. Vanucci, ese nibelungo. Y la arpía de Jacqueline Legrand.

CAROLINA.- Eres tú quien me ha hecho frecuentar esa gente.

ELENA.- Yo no necesito periodistas, ya me han hecho bastantes fotografías. Pero tú te mueres por aparecer en las revistuchas y en la televisión para marujas. El canto te trae sin cuidado.

CAROLINA.- ¡Cuidado, mamá! Yo también puedo ser cruel.

ELENA.- Me consta que sí. Con Bobesco lo eres. Quiero que vuelva a acompañarnos.

CAROLINA.- Eso no es posible. No me siento a gusto con él.

ELENA.- ¡Pero yo sí!

CAROLINA.- Está bien, que te sirva de dama de compañía, pero no de acompañante pianístico. Tú no vuelves a cantar.

ELENA.- (Con estupor.) ¿Que yo...?

CAROLINA.- No puedes cantar. No puedes fatigarte. Cualquier esfuerzo podría convertirse en un percance muy grave.

ELENA.- ¿Y quién ha decidido...?

CAROLINA.- Lo recomiendan los doctores Bernardi y Donadini.

ELENA.- Ellos lo han recomendado, y tú me lo ordenas.

CAROLINA.- ¿Preferirías que fuera una orden?

ELENA.- Sí, para decirte que tú no puedes darme órdenes. Que estás aquí para recibirlas. Que no eres nadie todavía. Que te pretendes una copia de la Arciani, y la Arciani está aún en pie.

CAROLINA.- Mamá, sólo pretendo que sigas de pie. Si no llevas un tratamiento y abandonas el canto, pronto no lo estarás.

ELENA.- ¿Será posible? Esta mocosa pretende dirigir mi vida. Apartarme de mis amigos, decidir que abandone mi carrera. ¿Sois así todos los jóvenes ahora? Intolerantes, autoritarios, puritanos.

CAROLINA.- ¿Puritana, yo?

ELENA.- No lo irás a negar. Hace unos días eras virgen. Te acuestas con un chico y te quedas embarazada. No soy partidaria del libertinaje ni del desenfreno, pero, caramba, casarse con el primer hombre que te llevas a la cama...

CAROLINA.- (Corrige. Con dureza.) El segundo.

ELENA.- Ah, vaya, ¿ha habido otro? A lo mejor le conozco.

CAROLINA.- Le conoces.

ELENA.- ¿Puedo preguntar quién es o pertenece a tu intimidad?

CAROLINA.- Pertenece a mi intimidad, pero esa intimidad es accesible para ti. Eres mi madre. ¿De veras quieres saberlo?

ELENA.- Veamos quién es ese jovencito. ¿No será Vanucci?

CAROLINA.- Qué poca imaginación tienes, mamá. Poca imaginación, a pesar de tu enorme experiencia. (**Antes de que proteste ELENA.**) Tu experiencia es enorme, pero la mía no. Ni lo será. No es eso lo que le pido a la vida.

ELENA.- Tú te lo pierdes. Bien, ¿quién ha sido el afortunado?

CAROLINA.- ¿No lo adivinas?

ELENA.- (**Con fastidio.**) Claro que no.

CAROLINA.- Bobesco.

(**Asombro de ELENA; cree haber oído mal.**)

ELENA.- (**Con voz ronca.**) ¿Qué has dicho?

CAROLINA.- He dicho que el primer hombre con el que he hecho el amor en mi vida es el antiguo novio de mi madre. Óscar Bobesco. (**Burlona, sarcástica.**) Un hombre que podría ser mi padre. Y que ahora podría ser el padre de mi hija.

(**Ha ido creciendo el estupor de ELENA.**)

No te preocupes, he decidido no quedármelo. Te lo regalo. Para ti, para siempre. Pero ese tipo no me vuelve a acompañar en un recital. ¡Nunca! ¿Me oyes? ¡Nunca!

(**ELENA se tambalea. Quieres decir algo, pero no puede.**)

¡Mamá! ¿Qué te pasa...? Por favor, no seas comediente. (**Comprende de repente la magnitud de lo que acaba de decir.**) ¡Mamá!

(**ELENA se recuesta en la cama donde descansaba antes.**)

¡Mamá! **(Mira a un lado y a otro.)** ¡Tu frasco!

(Encuentra el frasco. Desenrosca. Se lo da a beber a ELENA. ELENA lo toma en la mano y, ante el estupor de CAROLINA, lo estrella contra el suelo.)

¡Mamá!

ELENA.- (Voz ronca, medio audible, un estertor.) ¡Maldita seas...! ¡Maldito sea Óscar Bobesco! ¡Malditos todos! ¡Maldito mi nieto! ¡Óscar, Óscar, no eras más que un chulo...!

CAROLINA.- (Ha tenido un momento de horrorizada vacilación. Pero reacciona. De uno de sus bolsillos saca otro frasco. Lo desenrosca.) ¡Bebe esto! ¡Bébelo!

(ELENA, en su agonía, intenta arrebatar el frasco a CAROLINA, pero ésta la esquiva. La sujeta con fuerza, incluso con crueldad.)

¡Vas a vivir! ¡Vas a vivir, aunque no quieras!

(Se diría que a ELENA le abandonan las fuerzas. Se recuesta, rendida. Cede ante CAROLINA, que va a hacerle beber de aquel frasco salvador.)

Así me gusta.

(Pero cuando va a hacerle ingerir el líquido benéfico, ELENA reacciona y de un empujón se libra de su hija y del frasco, que cae al suelo y se hace añicos.)

¡¡Mamá!!

(CAROLINA queda paralizada por el horror. ELENA consigue incorporarse. Da algunos pasos, vacilantes, laboriosos.)

ELENA.- (Ronca, ahogada.) ¡Óscar Bobesco! ¡Carolina Welfing! ¡Yo os maldigo! (Se desploma.)

CAROLINA.- (Horrorizada. Un grito.) ¡¡Mamá!!

(Oscuro.)

Cuadro XIV

El velatorio de LENA MARIA ARCIANI. ÓSCAR BOBESCO, solo, afligido, pero sereno. Entra TUCEK.

TUCEK.- Me han dicho que tienen que comunicarlo ya. No pueden mantener más tiempo oculto que ha muerto Frau Welfing.

ÓSCAR BOBESCO.- Esto se pondrá a rebosar de un momento a otro.

TUCEK.- Me temo que sí. Las autoridades, los colegas...

ÓSCAR BOBESCO.- La gente, también esa gente que lee periódicos... (Un silencio.) Tenía el rostro crispado.

TUCEK.- Yo diría que su muerte fue dulce.

ÓSCAR BOBESCO.- Es lo que dice Carolina.

TUCEK.- ¿Y no la cree usted?

ÓSCAR BOBESCO.- No. Y esto no tiene nada que ver con que la deteste, como usted piensa. Morirse de cardiopatía isquémica no puede ser dulce.

TUCEK.- No sé si decirle... Quizá debería usted saber que Carolina está enferma. Tampoco funciona bien su corazón. Ella no lo sabe, pero puede ser grave. No quiero ser pesimista. Va a ser mi esposa, pero... Puede ser mortal.

ÓSCAR BOBESCO.- (Estupefacto.) ¿Qué está usted diciendo?

TUCEK.- Aún no sabemos nada. Lo averigüé de manera casual, después de unos análisis que le hicieron a Frau Welfing y a ella. Quizá obré mal, pero me callé aquellos resultados... Intento que observe cierta medicación... Tal vez con eso sea suficiente.

ÓSCAR BOBESCO.- (Desolado.) Y yo le recriminaba a esa pobre criatura... ¿Qué va a ser de ella?

TUCEK.- Yo me ocuparé de todo. No se tiene un hijo todos los días. Los caminos de la providencia son misteriosos.

ÓSCAR BOBESCO.- ¿No será la misma enfermedad que su madre?

TUCEK.- De momento, no. Pero puede serlo. Usted ya me entiende... Maestro, tenemos que comprenderla, aceptarla como es.

ÓSCAR BOBESCO.- Tiene usted razón.

TUCEK.- (Advierte que llegan CAROLINA y MADEMOISELLE LEGRAND.) Ahí llegan esas dos. Le ruego que no deje traslucir nada.

ÓSCAR BOBESCO.- Descuide.

(Entran CAROLINA y MADEMOISELLE LEGRAND.)

MADemoiselle LEGRAND.- Bonjour tou'le monde... Si es que hay motivos.

CAROLINA.- (A TUCEK.) Giorgio, prego, ve a buscar cigarrillos, se me han olvidado.

TUCEK.- Sabes que una cantante no debe fumar.

CAROLINA.- A las cantantes no se les muere la madre todos los días.

TUCEK.- (A regañadientes.) Está bien. (Sale.)

MADemoiselle LeGrand.- No quisiera meterme en lo que no me importa, pero creo que Tucek merece lo mejor que le pueda una dar.

CAROLINA.- (Irónica.) ¿Porque tal vez sea un buen marido?

MADemoiselle LeGrand.- Buen marido, buen músico, buen padre...

CAROLINA.- (Reprime su hilaridad, no olvida dónde se encuentra.) Pobre Giorgio. Es un inmigrante. Aquí, y en Alemania. En todas partes. Mi madre lo era, y se sentía alemana en Alemania, francesa en Francia, española en todas partes. Pero Giorgio es otra cosa, y se le nota.

(Sonríen ambas, levemente, pero las modera el lugar y la presencia de Óscar Bobesco, que las mira con severidad.)

MADemoiselle LeGrand.- Si esperas aquí, traigo el artículo siguiente. Es todavía mejor que el anterior. Mi periódico lo aceptará para hundir a Vanucci y dejar en evidencia a esos diarios italianos.

CAROLINA.- Sí, gracias...

MADemoiselle LeGrand.- Un minuto. (Sale.)

(CAROLINA, a solas con Óscar Bobesco, pretende no verlo siquiera.)

Óscar Bobesco.- (Apenado por lo que ve, pero sobre todo por lo que sabe.) Carolina, quisiera decirte que...

CAROLINA.- (Sin volverse a mirar a Óscar Bobesco.) ¿Se dirige usted a mí, Monsieur Bobesco?

ÓSCAR BOBESCO.- Carolina, escuchame...

CAROLINA.- (**Finge enojo de dignidad señorial.**) No comprendo por qué me tutea usted, Monsieur Bobesco. Es intolerable. No tengo por qué soportar ese trato, ni aun en momentos tan tristes.

ÓSCAR BOBESCO.- Pero, Carolina...

CAROLINA.- Para usted, soy Fräulein Welfing.

ÓSCAR BOBESCO.- Si tú supieras, Carolina...

CAROLINA.- (**Interrumpe con brutalidad.**) Le ruego que no haga alusiones a algo que sucedió entre nosotros y que prefiero olvidar.

ÓSCAR BOBESCO.- Está bien, Fräulein Welfing. Sólo quería preguntarle una vez más cómo murió su madre.

CAROLINA.- ¿Qué insinúa? Hice todo lo que pude.

ÓSCAR BOBESCO.- No insinúo nada.

CAROLINA.- ¡Déjeme en paz!

ÓSCAR BOBESCO.- ¿Pretende echarme de aquí?

CAROLINA.- Pretendo que se calle y deje sus insinuaciones.

ÓSCAR BOBESCO.- Me callo, Frau Welfing. Me ha dado usted una lección.

CAROLINA.- Mi intención es menos ambiciosa. Sólo quiero que me respete un poco.

ÓSCAR BOBESCO.- ¿Ni siquiera se va a disculpar por haberle dicho a ese periodista lo de mi supuesta paternidad...?

CAROLINA.- No necesito disculparme. Nada dije. ¿A quién se le ocurre que sea mi padre usted, un pianista ridículo de cuarta fila?

ÓSCAR BOBESCO.- No me hace usted daño, estoy acostumbrado.

CAROLINA.- Claro, a su edad ya le habrán hecho saber que es un fracasado. Y pensar que venía a pedirle árnica a mi pobre madre.

ÓSCAR BOBESCO.- (**Furioso.**) Su pobre madre, como usted dice, fue una gran artista... (**Se detiene.**)

CAROLINA.- Siga, no reprima usted sus afectos. Iba a decirme que a esa gran artista su hija no la llega al tobillo.

ÓSCAR BOBESCO.- (**Arrepentido, por lo que él sabe y ella ignora.**) Lo lamento. Discúlpeme otra vez, Fräulein Welfing. Si usted supiera...

(**Llega TUCEK.**)

TUCEK.- (**Trae el tabaco que le ha pedido CAROLINA.**) Cariño, date prisa antes de que lleguen.

CAROLINA.- Giorgio, ese hombre me ha insultado.

ÓSCAR BOBESCO.- (**A la defensiva.**) Tucek, le juro a usted...

TUCEK.- (**Severo, pero muy sosegado, a ambos.**) Les ruego que respeten el lugar en que se encuentran. Ahí al lado yace el cuerpo de la maravillosa Arciani.

CAROLINA.- Tienes razón, Giorgio... Como siempre. Pero recuerda que tener razón siempre puede resultar muy fastidioso. (**Sale, sin mirar siquiera a ÓSCAR BOBESCO.**)

TUCEK.- (**Afectado por lo que acaba de proferir CAROLINA.**) Maestro, discúlpennos. No necesito recordarle el estado de Carolina. Va a descansar. Volverá junto a su madre y recibirá las condolencias. Lo arreglaré para que ustedes no se encuentren.

ÓSCAR BOBESCO.- Será lo mejor. Gracias, Tucek.

TUCEK.- Maestro...

(**Se dan la mano. Mutis de TUCEK. Solo, ÓSCAR BOBESCO mira hacia la habitación donde yace ELENA. Está muy afectado, parece atormentarse con lo que acaba de suceder, pero no sólo con eso. ÓSCAR BOBESCO se detiene ante la puerta, aturdido.**)

ÓSCAR BOBESCO.- Elena... Esto no lo podíamos imaginar, ¿verdad que no?

(Llega **MADemoiselle Legrand**. Trae un papel en la mano, sin duda el artículo al que se refería antes.)

MADemoiselle Legrand.- ¿Dónde está Carolina?

ÓSCAR BOBESCO.- (Se vuelve, sorprendido. Tras un silencio, durante el que mira a **MADemoiselle Legrand**.) Se acaba de marchar con Tucek.

MADemoiselle Legrand.- Y usted, ¿todavía aquí?

ÓSCAR BOBESCO.- ¿Dónde voy a estar mejor?

MADemoiselle Legrand.- Debería descansar. Puedo relevarle unas horas.

ÓSCAR BOBESCO.- No se moleste, no pegaría ojo. Es mejor que me quede.

MADemoiselle Legrand.- Supongo que es un último tributo, ahora que todo ha terminado.

ÓSCAR BOBESCO.- Ahora que la hemos matado.

MADemoiselle Legrand.- ¿Matado...? Sí, el artículo de ese bastardo ha sido decisivo. Pero no entiendo por qué se incluye usted en el grupo. Yo me considero fuera de él.

ÓSCAR BOBESCO.- Usted ha tenido su buena parte de responsabilidad.

MADemoiselle Legrand.- Está usted muy afectado. Podríamos hablar mañana. Me gustaría hacerle algunas preguntas.

ÓSCAR BOBESCO.- Usted y yo nada tenemos que hablar.

MADemoiselle Legrand.- Lástima. No sólo por mí. Subiría su caché.

ÓSCAR BOBESCO.- Si yo no fuera un caballero, la abofetearía.

MADemoiselle LeGrand.- Si usted no fuera un caballero, estaría interesado. Lástima, hay muy pocos caballeros en este mundo, y me ha tenido que tocar uno de ellos. Quizás me comunique con usted el mes que viene. Me parece inútil darle una tarjeta mía.

ÓSCAR BOBESCO.- Completamente inútil.

MADemoiselle LeGrand.- Si piensa que no lamento la muerte de Elena, está equivocado. Pero yo no puedo lamentarlo así, no fui su amante.

ÓSCAR BOBESCO.- No se resigna. No consiguió saber nada de labios de Elena, y quiere sacármelo de manera indirecta. Me da usted asco.

MADemoiselle LeGrand.- Pertenezco a una profesión que da asco a unos cuantos y satisfacción a una masa amplia. Estoy acostumbrada.

ÓSCAR BOBESCO.- ¿Tiene usted idea de qué murió Elena?

MADemoiselle LeGrand.- Un infarto, claro está. Lo pregunta como si sospechara que el médico no certificó la verdadera causa de muerte.

ÓSCAR BOBESCO.- No hablo de la causa que se escribe en un papel.

MADemoiselle LeGrand.- Si tiene algo que decir, le escucho.

ÓSCAR BOBESCO.- Lo lamento, su libro quedará sin terminar.

MADemoiselle LeGrand.- No lo crea. Ahora es cuando está terminado de verdad. Ya lo verá usted en la próxima edición... si se digna prestarle atención. Habrá otro. Le recuerdo que Carolina Arciani ya es una artista, y que tiene toda la vida por delante.

(Estas palabras provocan en ÓSCAR BOBESCO un dolor intenso que MADEMOISELLE LEGRAND no puede percibir. Ella va a irse. Le sonrío, algo burlona.)

ÓSCAR BOBESCO.- La vida por delante...

MADemoiselle LeGrand.- No me juzgaría usted tan mal si supiera hasta qué punto lo sé todo. Por ejemplo, sé que esa niña no es hija de Tucek.

(Estupor de ÓSCAR BOBESCO.)

Y sé quién es el padre.

(Espera alguna palabra de ÓSCAR BOBESCO, pero éste calla.)

Le garantizo que ni de mi boca ni de mi pluma saldrá nada por el estilo. No sé si es por ética profesional o porque complicaría demasiado la historia que me dispongo a escribir a continuación, la vida de Carolina Arciani.

(Silencio de ÓSCAR BOBESCO, un silencio tenso; él, parece al borde del llanto.)

Vanucci no lo sabe, pero hoy sería fácil de demostrar...

(ÓSCAR BOBESCO persiste en sus silencios, pero le es cada vez más difícil disimular su emoción.)

Será mejor que me vaya. Frau Welfing me habría pedido que los dejara solos. Buenas noches. **(Sale.)**

ÓSCAR BOBESCO.- (Solo, se vuelve hacia la habitación donde reposa el cadáver de ELENA.) Elena... Nuestra hija, Carolina... Tienes que perdonarla... Como la he perdonado yo. Dice Giorgio que los caminos de la providencia son misteriosos. Otros dirían, más bien: «pobre muchacho». Pero desde lo que me acaba de decir él mismo, sólo puedo pensar en ella. Y en ti. Jacqueline Legrand, esa miserable, se ha quedado con un palmo de narices. El amor que unió hasta la muerte a Lena Maria Arciani y a Óscar Bobesco será un secreto, nadie lo sabrá nunca. No ha conseguido sacarnos ni una palabra... ¡Ni una palabra! (Silencio.) Elena...

(Se escuchaba de nuevo el aria de Dalila. Como antes, pasa de servir de fondo a apoderarse de toda la escena. ÓSCAR BOBESCO entra en la habitación. La escena queda vacía. Oscuro.)

Cuadro XV (Coda)

Tránsito lento al epílogo. Concluida la acción, esa lentitud pretende sugerir que ha pasado el tiempo. Como en el prólogo, ÓSCAR BOBESCO habla por teléfono con aquel DAMIANI. Pero colgará enseguida. No va a ser telefónica esta última charla. También ahora está en penumbra el escenario; con excepción de ese pequeño punto en el que veremos a los dos personajes de la coda.

ÓSCAR BOBESCO.- Un abrazo, Damiani. Muchas gracias por todo.

(Cuelga. Cuando se vuelve, se ilumina ELENA, a quien hasta ahora no habíamos visto.)

Elena... Vaya, no te esperaba hoy. Bienvenida.

(Silencio. Ella no le mira.)

Era Damiani. Me felicitaba por el recital. Si hubieras visto... Ha sido difícil de preparar, pero creo que no nos ha salido mal. Jirí Tucek es muy buen pianista, los dos tocamos muy a gusto juntos.

ELENA.- (Muy animada, ajena a las palabras de ÓSCAR BOBESCO.) Siempre cuidé mi relación con Carolina por encima de todo. No tuve más descendencia, aunque tanto Hans como yo lo deseábamos. Quién sabe si Dios quiso darme en Carolina todo lo mejor puede una madre esperar de sus hijos... No sé si habré sido tan buena madre como artista. Lo he intentado. Claro, ya sé que no puede decirse que haya sido una mujer devota de mi marido...

ÓSCAR BOBESCO.- (Cada vez le resultará más difícil reprimir su emoción.) La recaudación va íntegra en beneficio de Carolina. Todavía no sabemos nada. Sólo que, si se cura, perderá la voz. Pero si sólo pierde la voz, conservará la vida. La vida, ¿te parece poco? Es una tragedia, Elena. Era maravillosa. Podría haber sido como tú. Tú le diste lo mejor de ella misma... Pero, ya ves, la enfermedad no respeta... **(Reprime su emoción.)**

ELENA.- (Es evidente que no oye o no quiere oír a ÓSCAR BOBESCO.) Me resisto a decir adiós, y sin embargo es como si todo me obligara a despedirme. Incluso de ti, que te niegas a oír hablar de ello. Ahora es casi la despedida, la última. El Abschied de La canción de la tierra. Me gustaba mucho, lo canté a veces, pero nunca realmente bien. Ahora sería el momento. La despedida... la muerte. **(Recita, no canta.)** «Ich suche Ruhe für mein einsam Herz...»

ÓSCAR BOBESCO.- ¿Sabes? Dentro de unos días tendremos el disco. «Las Arciani en Milán». Con retraso. Tres años. Aquel día nadie esperaba que las cintas cobraran el valor que ahora tienen. **(Silencio cargado.)** Elena, tu nieta, es preciosa. **(De nuevo, emoción reprimida.)** Yo nunca había sido padrino de ningún niño, pero no pude negarme... Carolina ha tenido una carrera breve, pero ha grabado discos. **(Emocionado.)** Se la recordará, ya lo creo. Uno de esos valores segados en agraz. Ah, se me olvidaba. Definitivamente, el próximo concierto lo daremos Giorgio y yo en Zurich, muy cerca del sanatorio de la pobre Carolina. Lástima que la enfermedad no le permita... Jacqueline Legrand ha empezado a escribir ese libro por fin. Espera a ver si... si muere Carolina. Si Carolina no muere, lo sacaré antes de un año, no esperará más. Tanto si sobrevive como si muere, el libro tendrá interés, ya sabes cómo son estas cosas. Giorgio no lo aprueba, pero a Carolina le hace mucha ilusión, tanto si se muere como si... **(No puede continuar.)**

ELENA.- ¿Cuánto hace que me he muerto? ¿Tres años ya? He muerto como quería morir: bendiciendo la memoria de mi hija, y la de mis buenos amigos; y sobre todo a ti, el mayor de mis amigos... Viví para el arte, viví para el amor. Para el amor de un hombre y para el amor de mi familia. ¿Está difícil unir ambas cosas? ¿Es acaso imposible que convivan juntos ambos amores? Tal vez lo logré contigo algún tiempo. Eras mi familia, y eras mi arte. Cantar... Quisiera cantar otra vez contigo. ¿Sabes lo que te digo, Óscar? Voy a cantar, claro que sí. Tú me acompañas. Uno de aquellos Lieder de Schubert... El *Erlkönig*, claro... Te lo tienes que saber de memoria...

(Escuchábamos apenas, pero ahora se impone, el aria de Dalila. Que en este caso dará fin a la comedia.)

TELÓN FINAL